

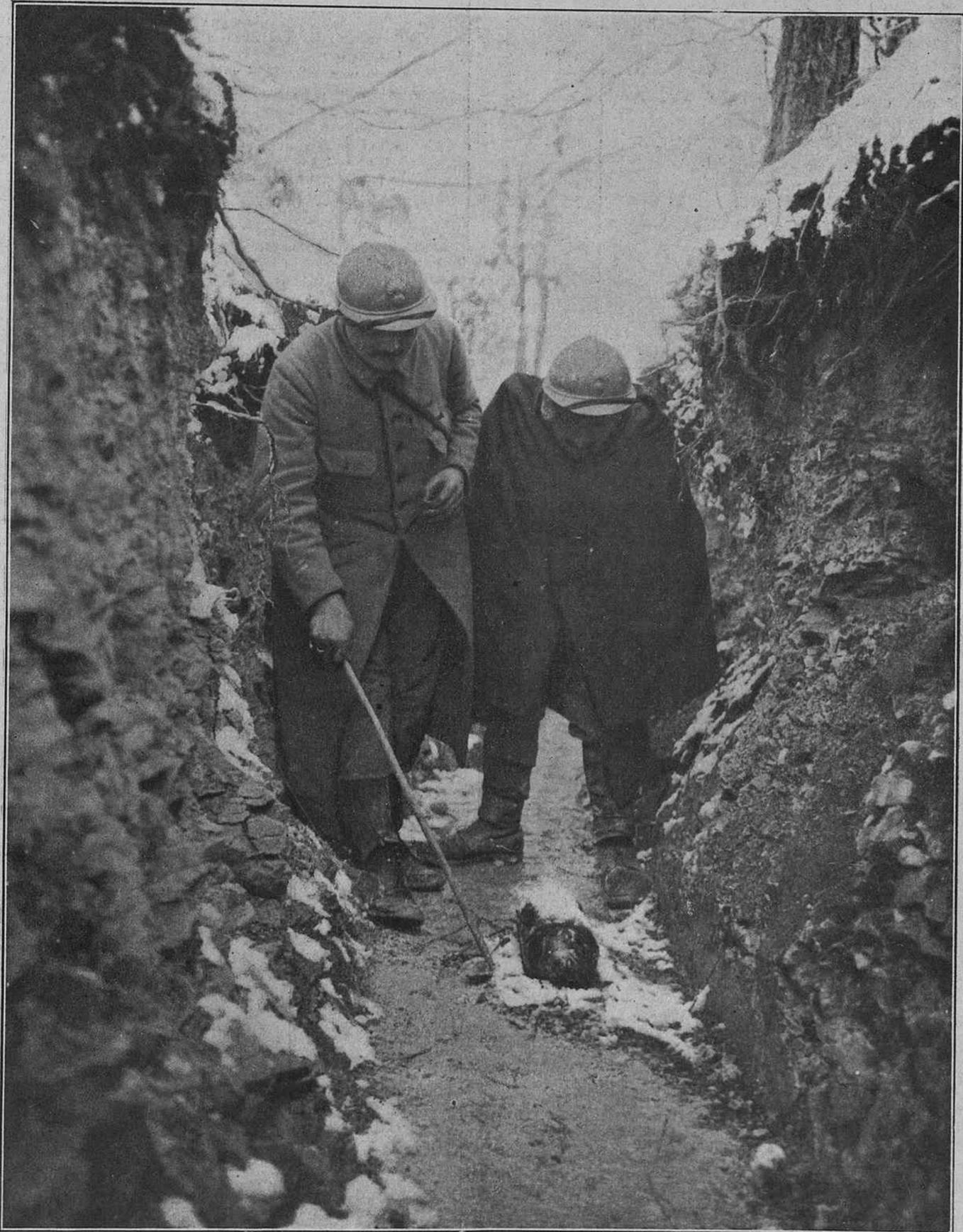
La Ilustración Artística

AÑO XXXV

← BARCELONA 24 DE ABRIL DE 1916 →

Núm. 1.791

LA GUERRA EUROPEA



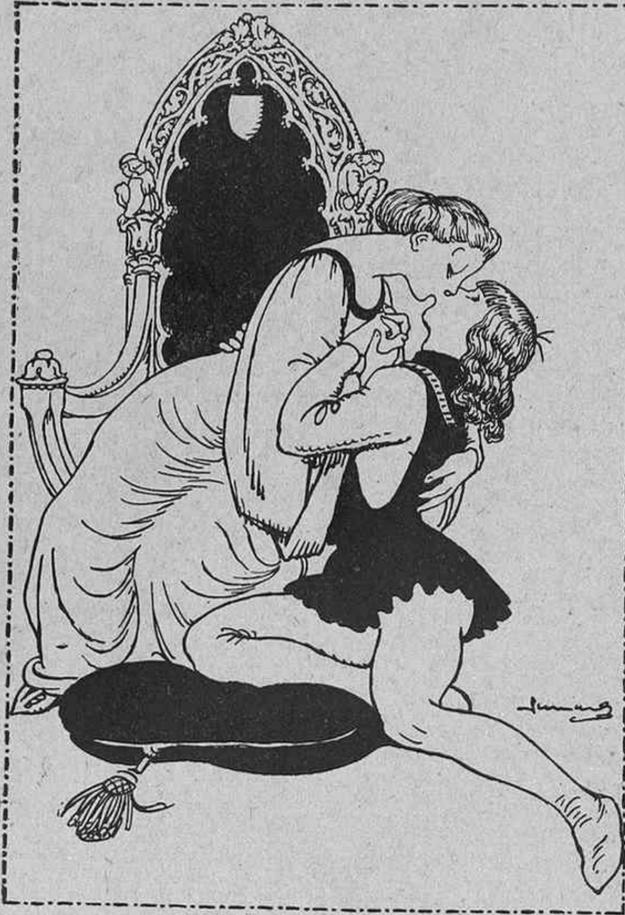
En las trincheras francesas de los Vosgos

Un oficial, durante un reconocimiento, encuentra un proyectil de cañón alemán sin estallar y cubierto por la nieve
(De fotografía de M. Branger)

CHASSAIGNE FRÈRES

Fábrica: Valencia, 70, Teléfono, 6.407
 Exposición y Depósito: Paseo de Gracia, 38, Teléfono, 2.363

PIANOS de cola y rectos a cuerdas cruzadas —MASON & HAMLIN, Boston & New-York.—Autopianistas Chassaigne Frères; de 65 y 88 notas. Patente 50 277. Registro de melodía.—Guía rollos automático.
ARMONIUMS Christophe et Etienne.—París.
ROLLS tipo PIANOLA. Inmenso surtido de las principales marcas. Representación y depósito de la notable marca **Rolla Artis**.
 Pianos de alquiler. Ventas al contado y a plazos.



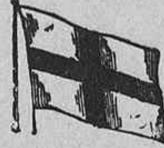
A Julieta amó Romeo con locura,
 porque usaba en su tocado **PECA-CURA**.

Jabón, 1'25; Crema, 1'75; Polvos, 2; Agua cutánea, 5 ptas.

Creación de la Casa CORTÉS HERMANOS

BARCELONA

VAPORES-CORREOS ESPAÑOLES



Pinillos, Izquierdo y C.^a

S. en C.—CADIZ

Servicios a Canarias, Puerto Rico, Cuba, Estados Unidos, Brasil y Río de la Plata, saliendo de Barcelona, Valencia, Almería, Málaga y Cádiz

FLOTA DE LA COMPAÑÍA

Príncipe de Asturias, Infanta Isabel, Catalina, Valbanera, Barcelona, Cádiz, Balmes, Pío IX, Conde Wifredo, Martín Sáenz, Miguel M. Pinillos

57.375 toneladas Morson de registro total.

LINEAS DE LAS ANTILLAS Y ESTADOS UNIDOS. — Salidas fijas de Barcelona los días 5 y 20 de cada mes para CANARIAS, PUERTO RICO, SANTIAGO DE CUBA, HABANA, NEW-ORLEANS y GÁLVESTON, con escalas eventuales en MAYAGÜEZ, PONCE, MATANZAS y CIENFUEGOS.

Servicio mensual rápido y directo para NEW-YORK, HABANA, NEW-ORLEANS y GÁLVESTON, admitiendo carga y pasajeros para dichos puertos.

LINEA DEL BRASIL-PLATA. — SERVICIO RÁPIDO Y DE GRAN LUJO PARA SANTOS, MONTEVIDEO y BUENOS AIRES por los nuevos vapores-correos de 15.000 toneladas a dos máquinas y doble hélice, provistos de telegrafía sin hilos y de todos los modernos adelantos

PRÍNCIPE DE ASTURIAS * INFANTA ISABEL

Salidas de Barcelona el día 17 de cada mes.

Travesía en 15 días

Espaciosos departamentos de lujo y de preferencia. — Espléndidos salones comedores, de lectura, música, fumoir, hall, bars, etc., etc. — Alumbrado eléctrico. — Telégrafo Marconi.

Consignatario en Barcelona:

RÓMULO BOSCH Y ALSINA Paseo de Isabel II, núm. 1, piso 1.º

Tintura del doctor Jimeno

para teñir el pelo de color castaño obscuro o negro de ébano. Su empleo es sencillo y rápido, higiénico y eficaz. *Tres pesetas.* Venta en droguerías y perfumerías. — Barcelona, plaza Real, 1, farmacia del Globo del Dr. Jimeno.

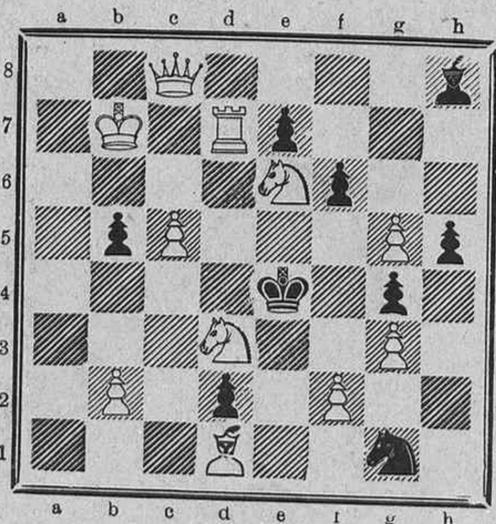
AJEDREZ

CONCURSO DE PROBLEMAS EN TRES JUGADAS ORGANIZADO CON MOTIVO DEL TORNEO PARA EL CAMPEONATO DE CATALUÑA DEL AÑO 1914

Se han recibido las siguientes composiciones:

PROBLEMA NÚM. 32. LEMA: «HELÉNE»

NEGRAS (9 PIEZAS)



BLANCAS (11 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 31. LEMA: «MEHR LICHT»

- 1. D a 3 - a 6, b 7 x a 6
- 2. R g 8 x f 7, etc.
- f 2 x f 1 (D)
- 2. D a 6 x f 1, etc.
- b 7 juega
- 2. D a 6 - a 7, etc.
- R e 5 x f 6
- 2. D a 6 x b 7, etc.
- Otra jugada
- 2. D a 6 x b 7, etc.

BALNEARIO CURIOUS

CALDAS DE MONTBUY

Reumatismos, gota, anquilosis, escrofulismo, sífilis, neurosis, hemiplejias, parálisis, neuralgias, bronquitis, traumatismos, etc.

Instalación hidroterápica completa. — Servicio de cocina esmerado. — Grandes comedores con vistas al campo. — Salón, teatro, salas de tresillo, billar y escritura. — Gran parque, etc.

No confundir este Establecimiento con otros de la misma población.

NO MAS VELLO



DICCIONARIO de las lenguas española y francesa por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA
 Cuatro tomos encuadrados: 55 pesetas
 MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Renaud Germain

PERFUMISTAS

Nuevos extractos para el pañuelo

MÁGICO-LABERINTO

Perfumes suaves e intensos.

Barcelona.

La Ilustración Artística

Año XXXV

BARCELONA 24 DE ABRIL DE 1916

Núm. 1.791

BARCELONA. SALÓN PARÉS. - EXPOSICIÓN DE LA SOCIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA DE CATALUÑA



EL PECECITO DE ORO, cuadro de Manuel Cusi

(De fotografía de F. Serra.)

ADVERTENCIA

Con el presente número, como obsequio especial a nuestros suscritores, repartimos en lámina suelta una hermosa reproducción en colores del notabilísimo cuadro «El fumador», del celebrado artista Luis Graner.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Los dos artistas*, por José Bermúdez de Castro. — *La guerra europea*. — *Madrid y Barcelona. Notas de actualidad.* — *La dama de las piedras preciosas* (novela ilustrada; continuación). — *Madrid. Notas de actualidad.* — *Barcelona. La fiesta del árbol.*
Grabados. — *El pececillo de oro*, cuadro de Manuel Cusí. — Dibujo de Mas y Fondevila, que ilustra la novela *Los dos artistas*. — *Valladolid. Casa que habitó Miguel de Cervantes Saavedra.* — *Escena de cuartel; Capilla de la Convalecencia del Hospital de Santa Cruz de Barcelona*, cuadros de José M. Llopis. — *La guerra europea.* — *Del tiempo pasado; Vacilación*, cuadros de Martí Garcés. — *Camino del Vern*, cuadro de Agapito Casas. — *Notas gráficas de actualidad de Madrid y Barcelona.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ya estamos libres de la pesadilla de las elecciones. Porque las elecciones son una pesadilla, de esas en que hay visiones agitadas de películas cinematográficas, y visiones enfadosas de eterna monotonía. Estas elecciones fueron, en general, más tranquilas que otras. No se sabe de palos, bofetadas y tiros sino en contadas localidades. En cuanto a las borracheras, no pasaron de las que pudieran esperarse, dada la generosidad de los candidatos.

Lo demás, como una balsa de aceite. Tenemos Cortes, y la nación las ha parido casi sin dolor. Es decir: dolor hubo en los bolsillos de algunos candidatos elegidos y desairados. Con ley y sin ley, se ha gastado un pico en votos. En Madrid, especialmente, parece que ha corrido el oro o, dígame más exactamente, la plata, a ríos. Y no concibo crítica más acerba del sistema que esta venalidad. Es la cumplida demostración de que no interesa a nadie lo que sucede en los comicios.

Como nadie ignora, *El Imparcial* ha realizado lo que se llama una encuesta o interrogatorio a escritores e intelectuales franceses, respecto al *Quijote*. Lo primero que debe notarse es que, según los que responden, don Quijote es un caballero francés. Confieso que no se me había ocurrido tal idea jamás. ¿Por qué un caballero francés? Discurramos acerca de la afirmación, a ver si puede tener alguna base.

He aquí la única que se le pudiera encontrar. Don Quijote, como sabemos, es un caballero andante, o un loco que cree serlo. Su delirio tiene por origen la lectura de libros de ficciones caballerescas. Estas ficciones, según conjeturas muy verosímiles, proceden de Francia, de Carlomagno, los Doce Pares, el Rey Artús de Bretaña, Reynaldos, y otros personajes más o menos míticos y fabulosos.

Por este concepto, cabría que en Francia se llamasen a la parte de don Quijote; pero es lo cierto que el primer libro de caballerías, según dice el mismo Cervantes, es el *Amadís de Gaula*, y su primitivo autor se cree que fué peninsular, y la primera redacción de él que conocemos es seguramente la de Garci Ordóñez de Montalvo, de manera que el origen de los libros de caballerías, en este sentido, español es y muy español. En la librería de don Quijote encontramos este libro y asimismo las *Sargas de Esplandian*, del propio novelista; y español también es el autor de *Don Olivante de Laura*, obra de Antonio de Torquemada; y del español Melchor Ortega es *Don Florismarte de Hircania*, y probablemente *El caballero Platir*; y de autor español, aunque anónimo, *El caballero de la Cruz*; y lo mismo el arreglador de *Espejo de Caballerías* y las *Hazañas y hechos de Bernardo del Carpio*, y *La famosa batalla de Roncesvalles*; y de regio autor portugués el *Palmerín de Inglaterra*; y seguramente español el autor de *D. Belianís de Grecia*, y no hay que decir si el de *Tirante el Blanco*; y todos estos libros figuraban en la biblioteca del Ingenioso Hidalgo, y fueron objeto del donoso escrutinio realizado por el Cura y el Barbero; y entre la lista nada descubrió de francés, por lo cual se quebraría de sutil la conjetura de un don Quijote empapado de lecturas francesas, y del cual pueda decirse rotundamente que es «un caballero francés».

Hay que reconocer que no todos los interrogados por *El Imparcial* calificaron de «caballero francés» al Hidalgo. Guillermo Apollinaire, por ejemplo, declara que el héroe es humano y pertenece a todas las naciones, y en esto lleva perfecta razón; y, además, confiesa que en la literatura francesa no tiene similar. Lo malo es que añade una restricción y un

aperçu, diciendo «salvo quizás el Bouvard y Pécuchet, de Flaubert».

No se puede comentar este paralelo sino con una sonrisa... Los que hayan leído el *Bouvard y Pécuchet*, me comprenderán.

Hay una señora que se llama o se pseudonombra Aurel, y afirma no haber cosa que más se le parezca, a ella, que el Caballero de la Triste Figura. Así será, y no he de discutir tal punto, porque no tengo el gusto de conocer a la Sra. Aurel. Pero también asegura que don Quijote es «un caballero francés», «como todo artista latino». Lo vago y extenso de la afirmación la hace también indiscutible. ¿Todo artista latino es un caballero francés? Bueno. Lo que tanto prueba, no prueba absolutamente nada.

En cuanto a Mauricio Barrés, no hay cosa más cómoda que su opinar. Don Quijote es, quién lo duda, un caballero francés; pero ¿no sería quizás también un caballero alemán? Y, pongo yo de mi cosecha: ¿por qué no ha de ser un caballero japonés, de aquellos leales Ronines, y un caballero persa, de aquellos del Zend-avesta, y un caballero de cualquier caballería de las que han sido en el mundo? ¿Eh? ¿Por qué no?

Menos mal que, por último, Barrés declara que don Quijote «no es alemán». Ya tiene una patria menos el Hidalgo.

No quiero seguir extractando opiniones, ni aun hacerme cargo de la del muy estrafalario León Bloy, que declara que *Don Quijote* no le gusta. Las opiniones son libres, y por lo mismo que la obra de Cervantes, con ser tan profundamente humana, es tan española, puede no agradarle a un extranjero. Si llamo estrafalario a León Bloy, es porque tal se muestra en sus escritos, no por su juicio sobre el *Quijote*. Y además, no quisiera que nadie interpretase mis observaciones como quejas contra Francia y sus intelectuales, muchos de los cuales están a estas horas en las trincheras. Y el estar allí es una acción caballerescas, y lo es toda la resistencia de Francia, tan valerosa y firme. Por otra parte, varios escritores, que yerran en un juicio crítico, no son una nación entera, ni aun partida.

El libro más impregnado de simpatía hacia Francia que se ha publicado recientemente es el de Alvaro Alcalá Galiano, que acaba de publicarse: *España ante el conflicto europeo*.

Las opiniones de este joven escritor, que ha realizado progresos sorprendentes en pocos años, llegando al dominio de un estilo claro y fogoso, y soltando los andadores con garbo sumo, son, nadie lo ignora, favorables a la causa de los aliados. Cuando la mayoría de los aristócratas hacían alarde de germanofilia, este muchacho se encontraba entre los aliadófilos resueltos. Empezó su campaña publicando un folleto, *La verdad sobre la guerra*, del cual se agotaron varias ediciones y se publicaron traducciones francesas e inglesas. Ahora, es un libro de como de trescientas páginas, que, sucesivamente, abarcan la cuestión y tratan los puntos más debatidos por la opinión en las angustiosas horas presentes.

Desde luego, Alvaro Alcalá Galiano es enemigo de la guerra. He aquí la idea primera de su obra. Y ¿quién no será, en teoría, enemigo de la guerra? Su solo nombre estrema las fibras de nuestro corazón. Vemos, de una ojeada, los males que caen sobre las naciones en estado de guerra: el estrago, la muerte, el incendio, el hambre. En otros tiempos veíase también la peste: hoy, la ciencia ha suprimido este lívido espantajo: no hay peste en los campos de batalla. Con lo que resta de plagas, no obstante, es más que suficiente para que la imagen de la guerra nos haga temblar. Sin embargo, yo que soy partidario de Francia en primer término, de Bélgica después, es decir, que no soy germanófila, tengo que reconocer que la guerra no es un invento germánico ni de pueblo alguno. Estoy conforme en que la guerra más noble es aquella que hace un país invadido, por sostener su independencia; en esto no hay discrepancia posible. Lo único tal vez en que diferiremos Alcalá Galiano y yo, es en que él supone que la civilización y el progreso moral pueden llegar algún día a suprimir la guerra, como se suprime una costumbre que cae en desuso o un rito de alguna religión abolida.

La guerra, se me figura a mí, es cosa que no ha de acabarse nunca, mientras existan intereses encontrados en las naciones. Siempre el derecho positivo se basó en los resultados de las guerras. Cambiará (no tanto como parece) el modo de desarrollarse los episodios de la lucha; y claro es que la guerra actual, con aviones y torpederos, se diferenciará notablemente de la guerra antigua, con aríetes y catapultas. Lo que no varía es el hecho terriblemente expresivo, terriblemente hondo, de que el último recurso humano sea, efectivamente, la fuerza.

El derecho, no obstante, tampoco es una palabra vacía de sentido. Podíamos creer que en este particular se había adelantado mucho y realizado vastas conquistas, y que, siendo la guerra cosa inevitable, la obra colectiva de razón y de piedad habría dado sus frutos, y se recogerían aún en medio del horror inevitable. Porque no es cierto que para vencer se necesite tanta ferocidad. Dentro de la guerra misma, siempre tremenda, hay detalles que aumentan la odiosidad, hasta provocar la indignación y arrancar la protesta legítima.

Y, a medida que avanza la interminable lid, vemos claramente que los alemanes han cometido el error profundo de mirar como cantidad desdeñable esas adquisiciones graduales de la civilización universal, esos progresos que ya la humanidad había apuntado en su activo, y cuya pérdida le causa amarga desilusión.

Cree el autor del libro que me inspira estas reflexiones, que el fracaso de la civilización es la guerra. Yo no lo digo de la guerra en sí, sino de este modo de guerrear. Y, aunque me lo prediquen frailes descalzos, no me avengo a que no haya sino un modo de hacer la guerra. Hay modos más regresivos, más bárbaros y atroces.

Sí: lo malo es que los tratados sean palabras nada más, y lo propio el derecho de gentes. Yo no hago la apología de la guerra; pero la considero necesidad natural y no la condeno. Tenemos que aceptar la vida. Y si los centenares de siglos que han transcurrido desde que hay memoria de hechos humanos no bastasen para convencernos de ello por los datos de la experiencia (un suceso constante tiene mucho adelantado para que lo creamos necesario y fatal), lo que está sucediendo lo demostraría. Ha prendido la guerra como reguero de pólvora; ha sido aceptada con heroica alegría por los pueblos, hasta por los más pacíficos aparentemente. Hablando hace pocos días con el prelado belga, monseñor Deploige, que está de paso en Madrid y que rige hoy la Universidad católica de Lovaina, fundada por monseñor Mercier, no pude menos de decirle que tal vez su patria no necesitaba intervenir en la espantosa contienda, con lo cual se hubiese evitado tanta ruina, estrago y sangre. De su respuesta deduje que, habiendo sido la guerra para Bélgica tan espantoso azote, era sin embargo una fuente de orgullo y gloria, que por nada del mundo se dejarían arrebatar. También los belgas, martirizados, amordazados, sujetos al yugo, quieren *su guerra*, no renuncian a *su guerra*, no la darían por cuanto hay. Y es el caso de no pocos países, castigados, abrumados, sufriendo males sin tasa, y no queriendo ni oír el nombre de paz; y es el de otros, que trepidan de ansia de arrojar a la movilización, de correr el sangriento albur. Es decir que, en la guerra, hay algo que parece connatural al hombre, el cual, en efecto, ha guerreado desde el punto mismo en que apareció en la superficie del planeta.

No puede tan reiterado fenómeno histórico ocultarse a la ilustración del Sr. Alcalá Galiano, y no puede ignorar que, en efecto, las guerras han sido enormes factores de la civilización, y que por ellas, y al luchar, la humanidad se ha aproximado, competido, roto su aislamiento, estrechado sus lazos formado sus ideales. Mejor sería, sin duda, que la humanidad se entendiese por medios más suaves y cariñosos; pero no lo consintió la realidad, dueña y señora de todos, de los individuos y de los pueblos.

Insisto en que, considerando que la guerra no tiene, que sepamos, substitución, entiendo que en algo ha de conocerse en las guerras el estado cultural de los pueblos que las hacen. No puede una guerra entre gentes cultas antes de guerrear, convertirse en una lucha de fieras. La guerra actual no debió igualarse a la que riñeron los mercenarios con Cartago, o a la de los zulúes con las tribus vecinas, no menos rudas y salvajes. Así como la higiene y los conocimientos científicos hacen menos mortíferos los resultados de la guerra, creyérase que lo adelantado en materia de depuración de sentimientos y respeto a la personalidad humana quitaría parte de su horror a los incidentes de la lucha, a sus consecuencias, y armonizaría los sufrimientos de los que en ella no intervienen, pero pagan su escote. No ha sido así, sin embargo... Y aquí es donde Alvaro Alcalá Galiano y los que como él piensan tienen más razón.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

LOS DOS ARTISTAS, POR D. JOSÉ BERMÚDEZ DE CASTRO, dibujo de Mas y Fondevila
(CERVANTES Y VELÁZQUEZ)



— ¡Bien! ¡No hay más que desear!

I

En una callejuela sucia y oscura de Sevilla había una casa cuya fachada y distribución desde los cimientos a las tejas han sido alteradas por adiciones, sustracciones y composturas sucesivas, hasta mudar enteramente su forma y cambiarla en otra, tan distinta y tan diversa de la de que hablamos, que no la hubiera conocido el pobre albañil que con orgullo de arquitecto la concibió y puso su primera piedra, muchos años antes del de gracia de 1616 en que la presentamos a nuestros lectores.

En aquel tiempo consistía la tal casa en dos pisos, si se puede contar por tal una especie de camaranchón

de suelo terrizo y de techo bajo que cubría las tres cuartas partes de la sala y al que se subía por una escalera de mano. Este sobrado o zaquizami es el que nos interesa conocer, y más bien por satisfacer la curiosidad de algún lector o lectora que se distraería de nuestra relación por el ansia de adivinar el resto de la casa, diremos que ésta se componía, a más de la sala, de un patio grande y cuadrado, una cocina estrecha a un lado y una mezquina cuadra para un caballo al otro. Cuadra a la sazón vacía, y sea esto dicho de paso para no volver más a visitarla.

El camaranchón, o sea sobrado de que hablamos, tenía dos ventanas opuestas, una que daba a la calle

y otra al patio que hemos mencionado. Cuando se alzaba la cabeza perpendicularmente, al subir el último escalón de aquella escalera, y al sacarla por la especie de escotillón que servía de entrada, se veían lienzos y tablas, imprimados, apomazados y listos para pintar, que estaban colgados en diferentes sitios de las paredes, advirtiéndose a primera vista que no había entrado en la mente del que los puso idea alguna de adorno o simetría en su colocación; pues unos estaban apaisados, otros colgando por un ángulo, todos con despilfarro y al descuido, inclinándose más a un lado que a otro según que el clavo sobre el que se balanceaban en equilibrio estaba más o menos distante del centro del bastidor.

Algunas pinturas por concluir, algunos bocetos chispeando de imaginación y viveza, la mayor parte de estudio, acompañaban a los lienzos y tablas, alternando con ellos en adorno y simetría.

Dos o tres tablas pendientes de cuatro cuerdas y apoyándose en una de las paredes, sostenían y se plegaban en arco, al peso de quince o veinte volúmenes de poesía, filosofía escolástica, y con ellos *la Simetría del cuerpo humano de Alberto Durero, la Anatomía de Bexalio, la Perspectiva de Daniel Bábbaro, la Geometría de Euclides*, y otros varios libros de matemáticas y pintura.

Junto a ellos había un rimero de dibujos, estudios de hombres, caprichos de pintor, países mal tocados y borrones, según se echaba de ver por algunos de ellos que habían rodado y que yacían esparcidos por el suelo. Y más allá y sobre un sillón de encina y dos bancos que había en el cuarto, otros papeles revueltos con una gorra, unos gregüescos desgarrados, una golilla bastante limpia aún y un jubón de seda que colgaba de la silla, bañando una de las mangas en un ancho barreño cuya agua sucia y aceitosa mantenía en remojo, y fuera del contacto del aire que los secaría, cuatro o cinco brochas y pinceles.

Una losa con su moleta aun sucia de albayalde descansaba sobre una mesa de nogal; un gran caballete y un lienzo en él ocupaban el centro del cuarto, junto a una ventana y a buena luz de Norte, entrando por la izquierda. Esta ventana, hábilmente cubierta de lienzo y papel ennegrecido, daba estrecho paso a la luz, que entraba en rayo vivo reflejando sobre la cara de un aldeanillo colorado y robusto, que en actitud grotesca enseñaba dos hileras de dientes anchos, blancos y afilados sin duda por el pan de Telera, fingiendo la más abierta y extravagante risa, con tales veras, que la hubiera comunicado al más afligido espectador.

Pero por una contradicción de esto mismo, el único que había en aquel aposento no participaba de ella. Un joven, al parecer de dieciocho a veinte años, de cara grave y silenciosa, de color moreno, de ojos vivos y mirada fija, estaba delante del bastidor, la paleta en la una mano, el pincel en la otra, copiando al parecer aquella extravagante y fingida risa del aldeanillo. Y no debía de estar muy contento de su obra, porque sus cejas juntas, sus labios apretados y sus movimientos prontos, bruscos y convulsivos de despecho, no dejaban duda de que estaba incómodo y fastidiado.

Dos o tres veces se apartó un tanto para considerar su obra, sus ojos se dirigían rápidos del modelo a la copia; después tocaba, defumaba, volvía a tocar, a retirarse, a comparar, y el resultado y desenlace de aquella maniobra fue exclamar con rabia: «Voto a...», y aquí se detuvo como buen cristiano, pensando a quién votaría; al cabo se enmendó: «¡Válame Dios y quién podrá imitar tales tintas!» Y por mucho que quiso contenerse, después de un rato de combate, de titubear y de esfuerzos para contener su cólera, levantó la mano, tiró el pincel sobre el lienzo, que se deslizó arrojando las tintas que encontró al paso y trazando una curva de todos los colores del arco iris; y no contento con eso arrojó tiento y paleta y pinceles, descargó sobre el lienzo un fuerte puñetazo que hizo un ángulo recto por donde pasó el puño, y exclamó ya sin consideración ni comedimiento: «¡Voto a... Dios, que hace tintas que no puede imitar un hombre!» Y se arrojó desesperado sobre el sillón de encina, sobre papeles y jubón y con la mano en la frente cayó en un abatimiento cual si estuviese amortecido: el abatimiento, la desesperación del genio que ve el cielo y no puede subir a él.

El aldeanillo que le servía de modelo, sin decir una sola palabra, sin parecer admirado del desenlace y viendo que su amo nada hacía, plegó sus labios, se sentó en el suelo y sacó de un rincón del seno y de debajo de su camisa rota y sucia un pedazo de pan moreno, y empezó a morderle con tal ansia, que dejaba entrever que hacía tiempo que deseaba empezar semejante entretenimiento.

Acabó su almuerzo o comida, muy despacio y saboreándose con cada uno de los últimos bocados; después se arriesgó a echar una mirada tímida sobre su señor; pero le vio inmóvil y en la misma postura. Esperó, y esperando pasó el tiempo, hasta que viendo que anocheaba, se deslizó del cuarto sin que el pintor hiciese el menor movimiento.

Así permaneció abatido, pensativo, dando señales de estar en vela por alguna contracción convulsiva. Una vez alzó la cabeza, miró al alrededor y se cubrió los ojos, apretando los puños y golpeándose la frente con fuerza. Así pasaron las horas, y no comió; así le encontró la noche, y no durmió; y sólo a la mañana siguiente, al amanecer, salió del cuarto, abatido; pero más bien con expresión de tristeza que de

la desesperación primera. Tomó la gorra con una pluma rota y pelada y el ferruero. Por un movimiento natural e irreflexivo torció y levantó el mostacho naciente; y llevando aún señales de la tormenta pasada en los ojos hundidos y la color cetrina, bajó por la escalera, y después de santiguarse devotamente, salió a la calle.

II

Era buen cristiano, y cristiano del siglo XVI, pues el XVII empezaba entonces: así su primer cuidado fue dirigirse a la iglesia vecina. Allí oyó misa, estuvo algún tiempo, y ya más tranquilo salía por la puerta, cuando una mano le tocó ligeramente en el hombro y una voz conocida le dijo al mismo tiempo:

— Vaya con Dios, seor Diego.

El que así le hablaba era un hombre de bastante más de sesenta años, alto, bien hecho y con cara agraciada, de color trigueño, que daba señales de haber sido de buen parecer, ojos vivos y negros, ojos de genio que hablaban de guerras y artes con todo el ardor de un soldado y el entusiasmo de un artista. La boca pequeña y despoblada, con solo dos o tres dientes descarriados; pero el cuerpo airoso, la presencia gallarda y de gentil ánimo. Llevaba un ferruero de camelote negro, usado y raído, el jubón era de lo mismo, con follajes y cuchilladas primorosas, pero no en mejor estado que su compañero; llevaba calzas escuderiles o *pedorreras* como llamaban en aquel tiempo, con lazo de color, espada larga y brillante, gorra calada a un lado con aire soldadesco y marcial, todo maltratado, raído y diciendo pobreza a tiro de ballesta; pero limpio y acepillado con minuciosidad y cuidado.

¡Oh!, era ciertamente un espectáculo digno de ser mirado, la reunión de aquellos dos hombres, el uno entrando en la vida, el otro saliendo de ella, el uno todo esperanzas, el otro todo memorias, y ambos combatiendo con el destino, ambos mirándose con ojos que dejaban ver un alma ardiente, un genio de fuego, una imaginación volcánica, una vida que el entusiasmo gasta como una lima de acero; y esto a través del prisma del porvenir de la juventud y el velo de lo pasado de la vejez. ¡Ah!, quien los hubiera visto no los hubiera equivocado con almas vulgares, y hubiera dicho: o hay mucho bien o mucho mal dentro de esas corizas de carne: o hay un cielo, o un infierno. Al uno le esperaba el suicidio o la gloria: al otro... El otro había arrostrado y sobrepajado cien combates de la vida contra un destino duro e intratable...

Y era así, el anciano era un gran poeta...; pero ignorado, oscuro, sólo conocido y tratado por algunos artistas de genio ameno y entusiasta, que en aquella época podían solos apreciar la imaginación florida y ardiente del anciano.

Nuestro joven pintor le conocía, le quería y respetaba como profundo filósofo, humanista y valiente soldado, sabía de memoria sus trovas, y los jóvenes eruditos de Sevilla repetían con entusiasmo algún soneto con que se dió a conocer.

En aquel momento decía:

— Pero esa palidez, esos ojos encarnados, cansados y hundidos... No gastes tu vida que puede ser tan gloriosa... No gastes tu corazón, niño... eso...

— Eso significa, dijo el pintor interrumpiéndole con despecho, una noche de vigilia, de llanto, de tormento, rabia y desesperación.

Y apretó con fuerza el brazo de su compañero, y ahogó un suspiro convulsivo.

— ¿Y qué? ¿Amores de la edad primera?, dijo el viejo con interés.

Pero no. Porque vió otro fuego que el del amor arder en aquellos ojos.

— No, no puede ser..., joven, dime, ¿qué te ha sucedido?

— ¿Qué me ha sucedido?... Perder mis esperanzas de gloria, quemarme las alas... ¡Caer!

— Habrás emprendido más de lo que debes, no habrás escogido el momento de inspiración.

— No he podido pasar de una línea, de un punto; y allí me quedaré, allí me confundiré con otros...

— No, joven, tú no has nacido para confundirte... no..., alza la cabeza..., álzala, pensando en la gloria.

— ¡La gloria!.. Sí; yo soñé en la gloria, y a vos debí esos sueños que me desesperan: yo quise o vivir admirado o morir..., no una existencia media, de esas que encenagan la vida... y ahora, ¿cómo volar?

— ¡Si yo tuviese tu mano, tu pincel y mi imaginación!, le dijo el otro con una mirada de entusiasmo y poniéndole la mano sobre el hombro, y chispeando de genio y poesía. Tú no sabes el tesoro que posees, trabaja, y yo te prometo la fama...

— Es en vano... Ya perdió para mí su prestigio; yo me gastaré antes de salir de la nube, respondió

el joven con aparente indiferencia y quedándose un momento silencioso.

Después dijo:

— Vuesa merced también ha soñado con esa gloria; vuesa merced también ha compuesto trovas, comedias..., ¿y qué, qué ha conseguido? Está su gloria en ese ferruero, en ese jubón...

— Verdad, dijo el anciano con tristeza; verdad, estoy pobre, olvidado, enfermo, perseguido..., ¡ved mi gloria! ¡Esa mujer ingrata que yo he adulado, acariciado y contemplado tanto! ¡Qué pago, oh Dios!

Y bajó la cabeza..., pero por solo un momento.

— Soy pobre, es verdad, dijo en seguida con aire fiero y marcial de poeta y soldado; soy pobre, pero honrado. Y los sueños de amor y felicidad, y los personajes que yo he creado como un Dios, con sus virtudes, sus caracteres, sus pasiones, buenos o malos, a mi antojo, esos personajes que amo como a mis criaturas, esas obras que son mis hijas, esos ratos de ilusión y delirio, esas delicias celestes, ese vuelo delicioso, vago, libre como el aire, esos mundos donde vivo, dime: ¿no compensan todas las penas, todas las desgracias de la vida? Dime: ¿quién me los quitará? ¿Qué vale la gloria de los hombres junto a las creaciones, a los placeres de un Dios!

Las arrugas profundas de su frente se habían desplegado, sus ojos brillaban con el doble fuego de juventud y entusiasmo, su cabeza noble, erguida, su mirada desdeñosa, que parecía medir la tierra con el cetro del cielo..., no era un hombre, no: era un genio, un dios: más que eso, era el poeta, el verdadero poeta inspirado.

El joven pintor se encontró dominado por la mirada de águila y la elocuencia fascinadora del anciano. Bajó los ojos avergonzado de su debilidad, y cuando el viejo le dijo: «Vamos a tu casa, vamos», se dejó conducir como un cordero.

III

El taller estaba en el mismo estado en que le dejamos. Subieron juntos aquellos dos hombres que parecían padre e hijo.

— ¿Dónde está el lienzo?, dijo el viejo.

— Aquí, respondió el joven.

Y le alzó del suelo, borroso, empolvado, roto y sucio de la tierra que se había pegado...

— ¡Qué vergüenza! No tienes disculpa. ¿No estás contento de tu obra? ¿Qué es, pues, lo que te contentaría? Has destruído un prodigio.

Y decía esto considerando atentamente la pintura.

— Buena expresión... Esta cara se ríe, toda ella ríe. Buen colorido, viveza de concepto, extraño, valiente toque... ¡Esta media tinta! Esta sola es el lunar de la obra: ¿por qué defumarla y lamerla tanto?

— Esa, esa, dijo el pintor con viveza, esa sola me desespera, esa es la causa de mi despecho. Yo he visto ese azulado, esa tinta, vagar en derredor del labio del modelo y reunirse sin confusión con el obscuro. Yo la he visto, la he concebido y no he podido ejecutarla, dijo lloroso. Decidme, ¿no es motivo para desesperarse?

— No; valor lo primero; pintar y salir del vulgo: sigue la inspiración, no imites.

— ¿Y qué haré? ¿Qué puedo yo inventar? ¿Qué colorido puedo yo imaginar que no me haya robado el Ticiano con tanta hermosura y valentía de dibujo y suavidad?... ¡Ay! Ya vino Corregio con su pincel de gracias, con su gusto exquisito, con su colorido encantador, su redondez, su relieve... y sus vírgenes. Y mi imaginación que vuesa merced pondera, ¿de qué sirve? Ya vino Rafael con su expresión, su gracia y su imaginación fecunda. ¡Por qué haber nacido tan tarde! ¿Qué puedo hacer ya!

— Imitar a la naturaleza: todos la han alterado, unos para embellecerla, otros para degradarla; pínatala tú como es, con su divina hermosura, con la majestad respetable que recibió del Altísimo, con sus caprichosos defectos, con sus tintas fuertes y decididas, como es: sin quitarle, sin añadirle nada... y tu imaginación, tu pincel hará el resto... Y después, después te espera la gloria; pero no te alucines, la felicidad... no... Si titubeas, si temes la envidia y sus persecuciones, si temes, si dudas cambiar la felicidad por la gloria, no naciste para artista; rompe el pincel.

— No, dijo el joven con entusiasmo, agitado como en un torbellino por las palabras del anciano. No..., no titubeo..., venga la fama, gane yo la inmortalidad y después no temo ni desgracias ni males: vengan, yo los desafío.

Y alzó la cabeza con orgullo y pareció que la esperaba, como si su voz hubiese sido un talismán, como si sus palabras hubiesen sido sortilegio que las evocase.

— Así te quiero y esperaba verte, hijo mío, dijo



Valladolid. - Casa que habitó Cervantes tal como se hallaba antes de la restauración de que recientemente ha sido objeto

(De fotografía.)

el anciano enternecido; tú eres digno del don que te concedió el cielo. ¡Ay! si yo hubiese tenido tu pincel soberano, tu arte encantador!.. El orbe hablaría de mí... y hubiera sido menos desgraciado: mira mi frente, ¿no hay mil desgracias escritas en ella? Yo viví en un mundo que no podía comprenderme. Fui infeliz, tuve que devorar mi alma, mi genio, porque no podía trasladarlo a un lienzo, ni cincelarlo en un mármol... Tuve necesidad de comer y serví...; pero mi alma de fuego era preciso que respirase o se consumiera. El ardor militar sonreía a la juventud... También promete palmas y gloria sin fin, dijo con una sonrisa fiera y marcial. Yo fui soldado, y juro a Dios que no tengo de que avergonzarme. Pero Dios quiso cerrarme aquel camino, aquella vida que templaba el fuego de mi alma y la dilataba. Mira: y enseñó al joven pintor una grande herida y un tronco mutilado; ¿ves? Fué preciso dejar la espada. Pero podía escribir; mi pluma fué mi pincel y pinté cuadros con su colorido tan fuerte como el tuyo y su dibujo tan correcto... dibujo moral, ¡y muy difícil!

— Y ¡cuán buenos cuadros!, dijo el joven con admiración...

— Pues no has visto mi obra maestra, continuó el viejo; mira, aquí está, sobre mi corazón, y se enterrará conmigo; han creído ver un líbello, me han perseguido, ella es causa de todas mis desgracias... pues mira: la quiero más por eso, por las penas y trabajos que me cuesta.

Entonces sacó con cuidado un grueso cuaderno de letra incorrecta y borrosa; y empezó a desplegar a los ojos del pintor aquel inmenso cuadro. Especie de tela matizada como un tapiz del brillante bordado de historias frescas, aéreas, fragantes como las flores de un jardín. Mil extravagancias, mil locuras con todos sus atributos de gracias y chistes mezclados, y que se pierde en mil arabescos fantásticos con las más filosóficas y profundas sentencias del juicio y la razón sana, y con los amores imaginarios y ridículos, y con visiones de alucinaciones vaporosas; y alternando con ellos la candidez y la ternura, con sus episodios de amores inocentes o tiernos, desgraciados o felices, con lágrimas y suspiros dulces, o con la sonrisa del placer y el rubor del pudor, anacreónticas o elegías. La vida entera con sus fantasmas y visiones, con su risa y su llanto, con su placer y sus penas..., con mil caracteres que cambian como los días. Tela florida que desenrolla una existencia fantástica, pero verde. Cuadro nuevo, sublime y nunca imaginado. Una profusión de chistes y extravagancias, capaces de hacer sonreír a un sepulcro.

Ya el pintor había olvidado su desesperación, su abatimiento, su entusiasmo, y todavía escuchaba cuando concluyó el capítulo.

— Ahora, dijo el viejo sonriendo y gozando más en las sensaciones que se pintaban en los ojos del joven que en los aplausos de una multitud, ahora pinta.

— ¡Y qué pintaré después de lo que he oído... y esa media tinta!

— Pinta la naturaleza virgen, sin alteración, y serás original, y te citará el mundo... La media tinta tan lamida y borrosa, dijo considerando la tela rota y sucia. Ya comprendo; sí, yo te prometo que saldrás bien de ella; pero júrame por Dios que harás lo que te diga.

— Lo juro, respondió el joven arrastrado por la superioridad del genio.

Abrió la ventana, preparó la paleta, puso de nuevo lienzo en el caballete, tomó el tiento, los pinceles, se colocó ante la tela, y sólo entonces le ocurrió preguntar:

— ¿Y qué pinto?

El viejo estaba junto a la ventana que daba a la calle, echó una mirada al oír aquella pregunta y sin titubear respondió:

— Aquel viejo.

Y señaló un viejo aguador de pellejo curtido, que en aquel momento despachaba agua a dos o tres sedientos.



Escena de cuartel, cuadro de José M. Llopis de Casades que figuró en la exposición póstuma de las obras de este malogrado pintor en las Galerías Layetanas. (Véase página 272. — De fotografía de F. Serra.)

El joven titubeaba.

— ¿No te he dicho que la naturaleza? ¿Qué importa que el objeto sea vil y bajo? Dios es quien necesita de una religión divina, de su aureola de fuego y sus alas de ángel para subirnos al cielo; pero al genio le basta su pensamiento sin fuego, sin alas ni religión.

El pensamiento era algo heterodoxo para el siglo, pero pasó como un axioma entre los dos artistas sin advertencia ni reclamación.

— Joven, no titubees; píntalo, a lo vivo, mirando con esos ojos duros, con esa alma ruda, ponme todo eso sobre un lienzo y después yo te diré: «Eres un dios; y te adoraré.»

En un momento se penetró del asunto la joven imaginación del pintor, y lo dibujó de prisa, informe, pero ardiente como un volcán. El soldado registró minuciosamente su bolsillo y sacó, después de exprimirlo, algunas pocas monedas de cobre, su comida de aquel día, que dió sin titubear al rapaz Andrés, el mismo que sirvió de modelo al desgraciado lienzo del día antes. Le hizo una seña, y el chiquillo inteligente y vivo dió un salto y volvió ufano con el aguador, que se colocó sin hablar palabra delante del pintor. Este, sumergido en el fondo de su pensamiento y su obra, no dió las gracias al anciano sino con una sonrisa. ¿Pero para qué más? Ya él le había comprendido.

Ambos callaron: ni una sola palabra se habló de una parte ni de otra. ¡Ay, cómo volaba el pincel sobre el lienzo! ¡Cómo se mezclaban rápidas sobre la paleta las tintas más caprichosas que se unían en el lienzo y figuraban todas las alteraciones de la luz! Así, sin levantar cabeza una hora y otra, y otra, hasta seis. Mientras más se acercaba al término del cuadro, más se agitaba y se movía, y más atención prestaba el viejo soldado. ¡Ay, cómo se reproducían, con qué verdad, las formas angulosas, las tintas verdosas, las sombras cortadas de aquella cara ruda!

¡Cómo nacían sobre la tela las manos encallecidas, el cutis tostado del villano!

El mismo Andrés participaba de la admiración y del entusiasmo que la obra divina inspiraba: en un momento se puso delante del hombre en la actitud de tomar el vaso, y su amo, sin decir palabra, trasladó al lienzo el pensamiento del rapaz, con su cara picaresca que en vano aparentaba inocencia.

Las horas volaban, la obra adelantaba; alguna

vez exclamó el anciano entusiasmado y como a pesar suyo:

— ¡Bien! ¡No hay más que desear!

Ya la obra estaba para concluir: ya sonreía el joven artista, cuando de pronto se nubló su frente.

— Voto a... ¡Maldita media tinta, todavía se presenta!

Tomó el pincel: ya iba a tocar, cuando el viejo soldado se le echó encima.

— Voto a Bríos, exclamó, no en mis días, no lo permitiré: ¡miren si lo había yo acertado!

Pero el joven pintor luchaba con él.

— Dejarme por Dios. No me impidas, señor, que lo haga ahora que tengo la imaginación llena del asunto.

— Acuérdate del juramento...

— ¡Qué juramento tengo de recordar, señor, cuando se trata de mi vida eterna! Dejarme, dijo rabioso.

— Antes matarás a este pobre viejo.

Y enfermo e inválido, y con una fuerza que desmentía los años, impedía al pintor que se acercase al cuadro.

— Señor, señor, dijo el joven apretando los dientes; señor, dejarme, os digo: dejarme concluir lo mejor que he hecho.

— ¿No ves que vas a echarlo a perder, insensato? Descansa la vista, decía el viejo.

Pero el joven no le escuchaba y pugnaba por desasirse; y como en esto pasó algún tiempo, cuando pudo soltarse y se llegó al caballete, se paró como petrificado delante del lienzo; aquella media tinta tan difícil, escollo de sus obras, había desaparecido: la obra estaba concluida. Era una obra maestra. El anciano se sonrió.

— ¿Ves, le dijo, si tenía yo razón? ¿Estás convencido que ese vapor, esa sombra leve que veías, era sólo nubes de tus ojos cansados de fijar el modelo? ¿Tenía yo razón en querer que apartases la vista? Dime, ¿qué le falta a ese cuadro? No le toques más: todo lo que ganaría en suavidad perdería en genio y en viveza... Considera tu obra, ¿y dime si yo te anuncié sin razón una fama eterna? Firma, firmala, que pase tu nombre por los siglos hasta el fin del mundo.

Y el joven con una sonrisa de agradecimiento y satisfacción, con la cara encendida de entusiasmo y placer, con la mano trémula de agitación y alegría, puso al pie: *Velázquez pinxit.*

— ¡Tú serás inmortal, Diego Velázquez de Silva!, dijo el viejo.

Velázquez le echó los brazos, lloró de alegría y le dijo:

— ¡Y tú también, Miguel de Cervantes Saavedra! Eso que me has leído será eterno.

VALLADOLID. — LA CASA DE CERVANTES

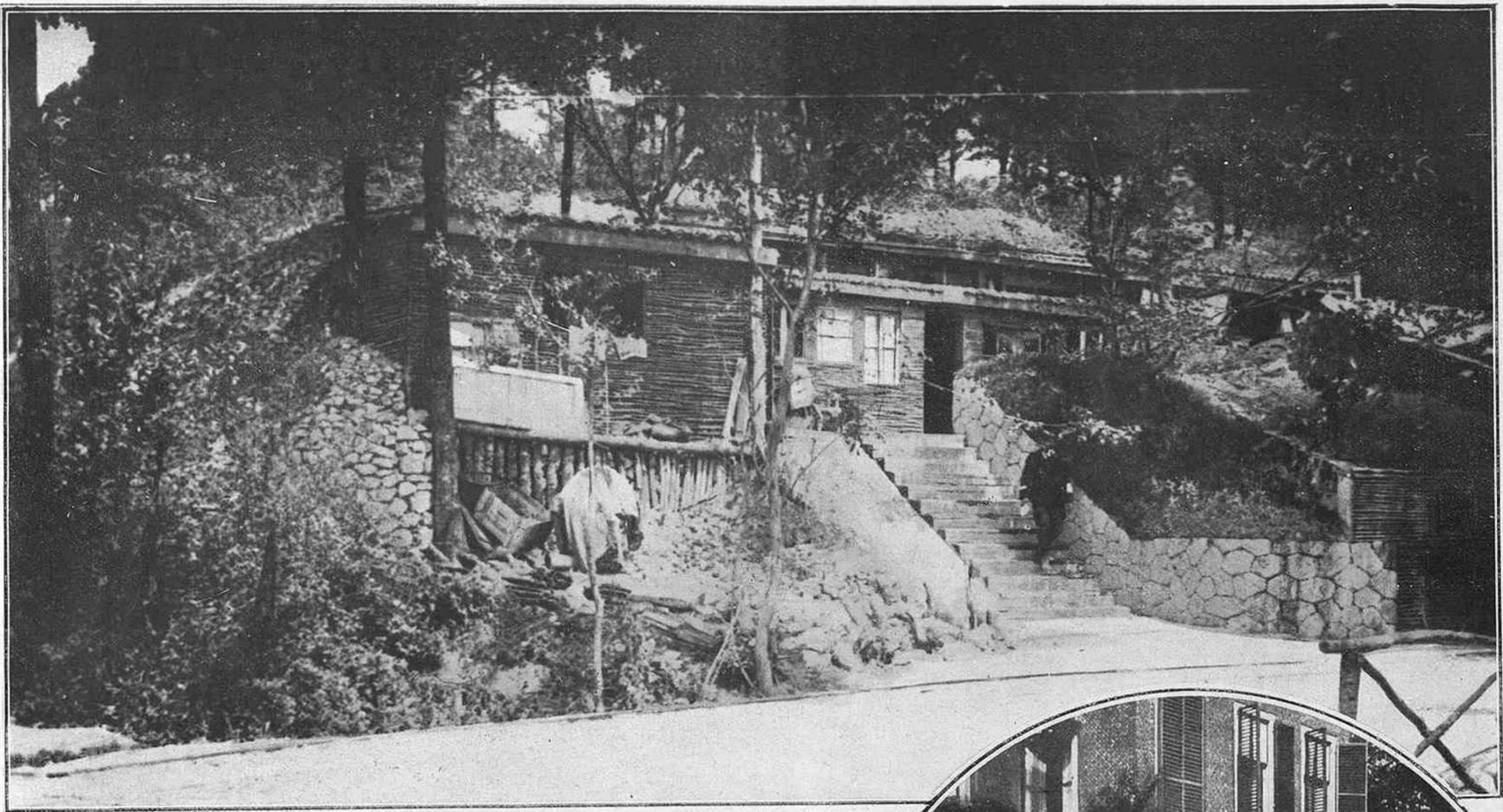
El grabado de la página anterior reproduce la casa que habitó Cervantes en Valladolid tal como era antes de la restauración de que recientemente ha sido objeto merced a la munificencia de S. M. el Rey D. Alfonso XIII.

En esta casa vivía el inmortal autor del *Quijote* cuando fué encerrado en la cárcel, junto con su hermana, una hija natural que tenía y su sobrina, por creérseles complicados en un asesinato ocurrido en la calle; y aunque pronto se deshizo el error y él y los suyos no tardaron en ser puestos en libertad, aquel disgusto hubo de acibarar por algunos días su existencia; amargada ya por tantas otras fatalidades.

Respecto de la restauración de este edificio, véase el interesante artículo del marqués de la Vega Inclán que publicamos en el número 1768 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.



EL FUMADOR, cuadro de Luis Graner



En Argona. - Habitación de un general construída por los soldados a sus órdenes en las inmediaciones del frente de batalla. (De fotografía de M. Branger.)

LA GUERRA EUROPEA

Teatro de la guerra de Occidente. - El interés de la lucha en este frente sigue concentrado en la región de Verdún, pues los ataques de los alemanes, si bien no revisten la intensidad de las primeras semanas, se prosiguen metódicamente preparados por la violenta acción de la artillería. Los franceses continúan resistiendo vigorosamente y aun en ocasiones atacan con energía; y si en algunos puntos se ven obligados a ceder terreno, en otros recuperan el que habían perdido.

Resumiendo el contenido de los partes oficiales, vemos que los franceses han rechazado fuertes ataques contra las trincheras situadas entre Douaumont y Vaux y contra las posiciones de Mort Homme, en donde, sin embargo, no pudieron impedir que el enemigo pusiera el pie en algunos sitios; han tomado algunos elementos de trincheras al Sur de Douaumont y han repelido una poderosa ofensiva contra sus posiciones entre el último pueblo citado y el Mosa, rechazando a los alemanes en todas partes menos en un pequeño saliente en la región al Sur del bosque de Chaufour, del que aquéllos se apoderaron.

En otros puntos del frente, los belgas han rechazado algunos ataques contra las posiciones de Ryckenhoek en el sector de Ramscapelle y contra el fuerte situado al Norte de Saint-Vaast, y los ingleses se han apoderado cerca de Saint-Eloy de algunos hoyos de minas que aun estaban en poder de los alemanes, rechazando los contraataques emprendidos por éstos para reconquistarlos.

Los alemanes, en la región de Verdún, han tomado nuevas obras de defensa al Sudoeste del fuerte de Douaumont y algunos elementos de las defensas francesas en el bosque de La Caillette, y han rechazado ataques y contraataques contra las posiciones conquistadas al Sur del arroyo de Forges, entre Haucourt y Bethincourt, contra la altura de Poivre, contra las líneas al Nordeste de Avocourt, contra las posiciones de Mort-Homme y del Sur de los bosques de los Cuervos y de Cumières, y contra el frente avanzado del fuerte de Douaumont.

En el frente inglés, dicen haber rechazado diversos ataques al Sur de Saint-Eloy.

Teatro de la guerra de Oriente. - Los rusos han tomado una trinchera y una altura en la región del Strypa y dos colinas al Este y al Sur de Garbunovka, en la región de Dvinsk (Dunaburg), y han rechazado un intento de los alemanes para acercarse a sus trincheras al Norte y al Sur de la estación de Olyka, una ofensiva entre los lagos Sventen e Ilzen y otra en la región de Smrpton, y varios ataques contra un sector de la cabeza de puente de Uxkuil, contra las posiciones al Oeste del lago Narotch, contra el pueblo de Mokritza, y contra las posiciones de la

región de Irzibuchovtze (Galizia).

Los alemanes han rechazado ataques al Noroeste de Dunaburg, al Oeste de Baranovitchi, al Sur del lago Narotch y contra las posiciones de Servitch al Norte de Zirin.

Los austriacos, después de violentos combates en el ángulo de la desembocadura del Strypa y el Este de Buczacz, han evacuado una posición avanzada, retirando su guarnición a la línea principal; y al Nordeste de Jaslovich han desalojado por un contraataque a los rusos de una posición avanzada en donde habían logrado penetrar.

Italianos y austriacos. - Los italianos han ampliado sus posiciones en las alturas al Norte del río Tonale, entre el valle Concei y el Galza; han tomado una fuerte línea de trincheras y reductos en la falda meridional de los montes Pari y Lunadoro y en las alturas del monte Sperone; se han aproximado a las trincheras enemigas de San Miguel y San Martín; han ocupado posiciones en la cresta del alto Lobbia, en la zona de Adanello; se han apoderado de las posiciones de Scavallo, en el valle de Sugana; han conquistado nuevas posiciones al Este de Seltz y de Montfalcone, en el Carso; han obligado al enemigo a evacuar la posición de



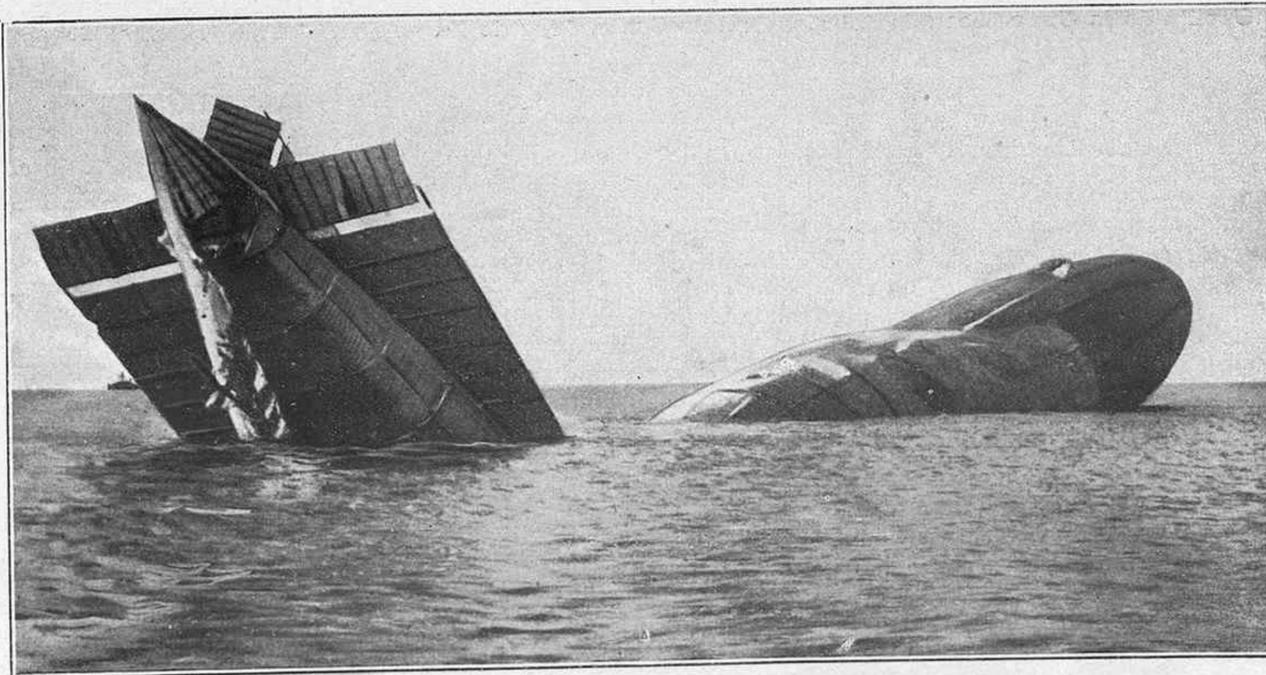
La Reina Guillermina de Holanda y su esposo el duque Enrique de Mecklenburgo, Príncipe de los Países Bajos. (De fotografía hecha recientemente y enviada por Carlos Trampus.)

Castromille, en el citado valle; y han rechazado ataques en el valle de Plezzo, contra las posiciones de Yavorcek, contra el monte Mrzli, contra las posiciones de Soglio Daspio y Malegeben, en el alto Astico, y contra las del torrente de Larganza en el valle de Sugana.

Los austriacos han evacuado una obra de defensa y algunas trincheras avanzadas al Sur del Sperone, situándose en otra posición a la izquierda; han rechazado las tentativas de los italianos para apoderarse de algunas posiciones en las alturas de ambos lados de Novaleda, en el sector de Sugana; y han ocupado una posición avanzada enemiga en la región del Mrzli, rechazando los contraataques efectuados por los italianos para reconquistarla.

En los Balcanes. - Los aliados han ocupado la isla griega de Cefalonia con objeto de establecer en ella una base naval, afirmando que se trata de una medida puramente defensiva.

El gobierno de Grecia ha formulado una protesta contra esta nueva ocupación de una de sus islas.



El zeppelin L. 15, que después de haber efectuado un raid sobre Inglaterra, fué destruído por la artillería inglesa cerca de la desembocadura del Támesis, hundiéndose en el mar y siendo su tripulación salvada por el buque *Olivine*. (Fot. Central News.)



Capilla de la Convalecencia del Hospital de Santa Cruz de Barcelona, cuadro de José M. Llopis

(Fotografía de F. Serra.)

En las Galerías Layetanas se ha celebrado una exposición póstuma de cuadros del joven pintor José M. Llopis de Casades, que falleció el año pasado víctima de la terrible epidemia que asoló nuestra ciudad.

Poseía el malogrado pintor excepcionales aptitudes para el arte a que con tanto entusiasmo se había dedicado y estaba dotado de verdadero temperamento artístico, que se traducía en obras de sólido dibujo, de armónico y brillante color y sobre todo reveladoras de un sentimiento intenso de la naturaleza.

Jamás se dejó arrastrar por influencias ajenas a su modo de concebir y sentir el arte, y a pesar de su juventud, perseveró con voluntad firme en el camino que desde un principio se trazara, camino en el que había conseguido muchos y muy valiosos éxitos y que seguramente le habría llevado a un sitio eminente en el mundo del arte contemporáneo.

Pintó con preferencia interiores de iglesia con tan refinado gusto, con tan escrupulosa fidelidad, que los dorados retablos, los descoloridos ta-

pices, los suntuosos adornos y los policromos juegos de luz filtrada al través de las vidrieras de colores producen toda la ilusión de la realidad misma, embellecida aún por el ambiente de poesía que en ellos supo derramar a manos llenas el genio del artista.

Mas no era éste el único género en que empleaba su talento, sino que sobresalía también pintando paisajes, jardines, interiores, escenas ecuestres, tipos cuartereros, etc., asuntos en los cuales manifestábase siempre su clara y exacta visión del natural, su profundo espíritu de observación y su dominio de la técnica, que le permitía reproducir admirablemente cuanto veía y observaba.

Como muestra, véase el bellissimo cuadro que reproducimos en la página 270.

La exposición, que ha sido muy visitada y elogiada unánimemente, ha constituido un homenaje merecidísimo al artista malogrado y una espléndida manifestación de lo mucho que éste valía.

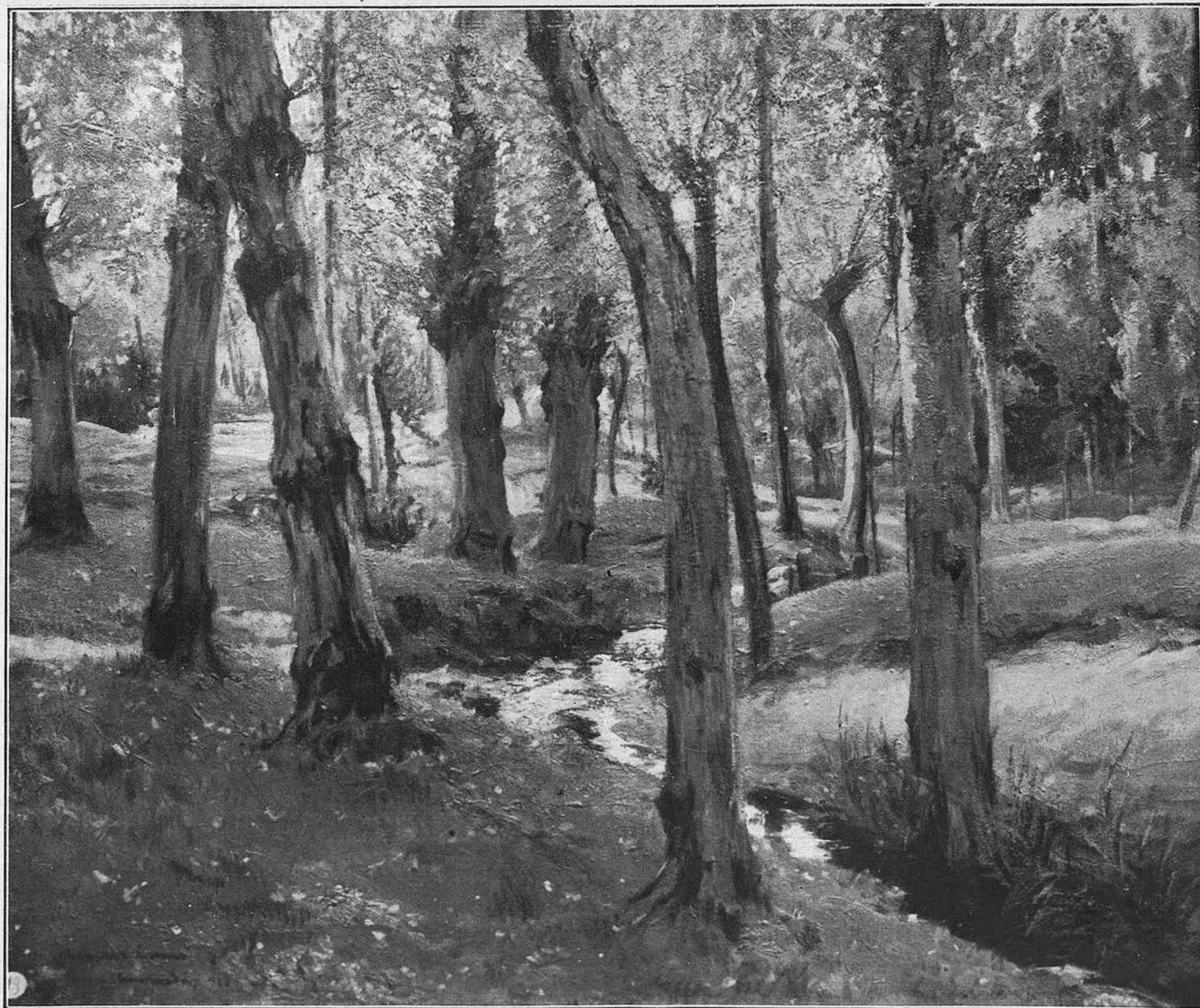
BARCELONA. SALÓN PARÉS. - EXPOSICIÓN CASAS-MARTÍ GARCÉS



Del tiempo pasado, cuadro de Martí Garcés



Vacilación, cuadro de Martí Garcés



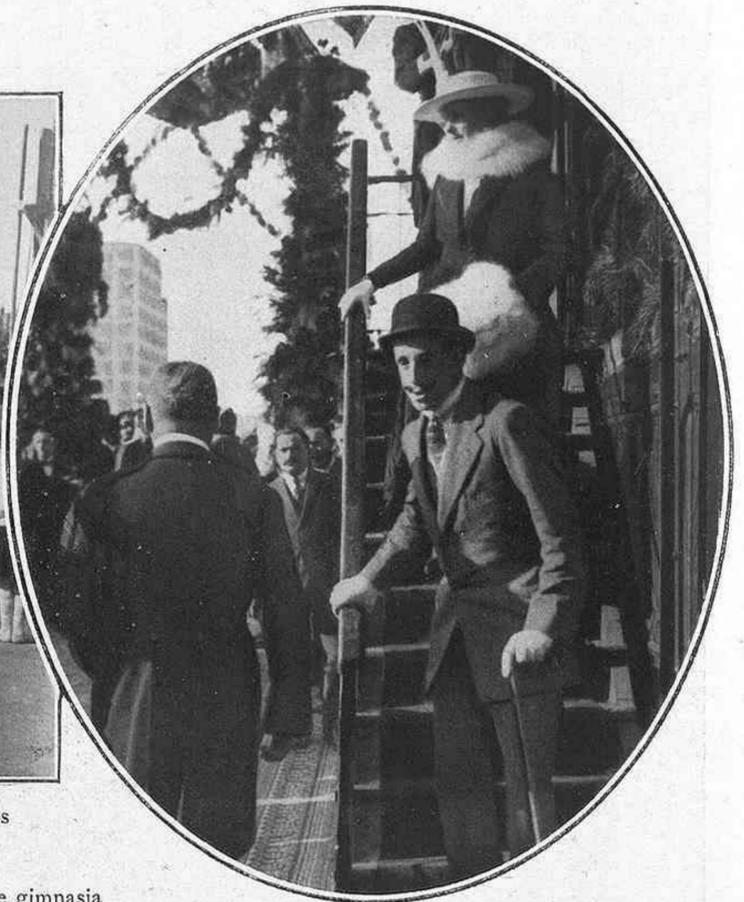
Camino del Vern (Camprodón), cuadro de Agapito Casas. (De fotografías de F. Serra.)

MADRID Y BARCELONA. - NOTAS DE ACTUALIDAD

(Fotografías de nuestros reporteros J. Vidal y A. Merletti.)



Madrid. Gran festival de educación física. - Alumnos de las Escuelas Aguirre haciendo ejercicios de gimnasia rítmica delante de la tribuna regia



SS. MM. los Reyes D. Alfonso XIII y Doña Victoria saliendo de la tribuna regia

MADRID

FESTIVAL GIMNÁSTICO. - CARRERA DE MOTOCICLETAS

Organizado por la Sociedad Gimnástica Española y bajo el patronato de S. A. el Infante D. Alfonso, se ha efectuado un festival de educación física dirigido por el capitán de Infantería D. Augusto Condo.

Comenzó el festival con brillantes ejercicios de gimnasia rítmica ejecutados por 40 niños y 40 niñas de las Escuelas Aguirre. Siguiéron los niños del Colegio del Pilar que hicieron gimnasia de bastones, y luego 32 soldados, cornetas y tambores, del regimiento del Rey, dieron una lección completa y muy interesante de gimnasia sueca. A continuación cien alumnos del Colegio Infanta María Teresa, del cuerpo de la

ascensión por maromas, simulando operaciones de salvamento. Los alumnos de Infantería efectuaron prácticas de gimnasia educativa y aplicación militar; después saltaron sobre caballetes y altos bancos, y luego simularon el ataque y toma por asalto de un reducto.

Finalmente una sección de los exploradores de España y un equipo de 200 alumnos de las Escuelas Pías hicieron brillantes ejercicios gimnásticos de conjunto.

El público premió con grandes aplausos todos los ejercicios, y el Rey felicitó al Sr. Altimira, presidente de la Sociedad Gimnástica, y al Sr. Condo, principal organizador de la fiesta.

Se ha efectuado con gran éxito una carrera de motocicletas del kilómetro lanzado. Tomaron parte en ella numerosos corredores, habiendo alcanzado el premio D. Víctor Landa, que hizo el recorrido a razón de 120 kilómetros por hora.

BARCELONA

HOMENAJE A UN PINTOR. - CARRERA MOTORISTA

En el Círculo Artístico ha expuesto recientemente sus últimas obras el notable pintor Alejandro Cardunets. La exposición ha sido muy visitada y merecido muchos elogios. Para celebrar el éxito conseguido por el Sr. Cardunets, los socios del Círculo, del cual es aquél vicepresidente, le han obsequiado con un banquete, al que han asistido los más conocidos artistas y aficionados de nuestra ciudad.

La fiesta resultó en extremo simpática, habiendo sido objeto el homenajeado de calurosas manifestaciones de simpatía.

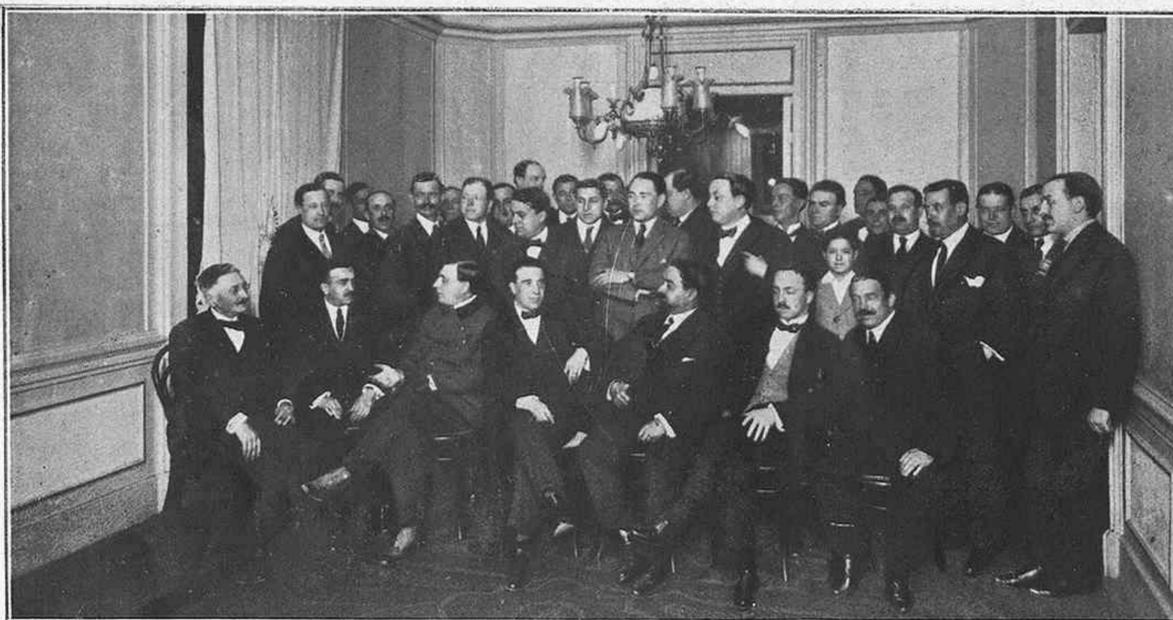
Organizada por la «Peña Rhin», de Barcelona, se ha efectuado una carrera motorista en la vecina y pintoresca ciudad de Sitjes.

Tomaron en ella parte numerosos corredores; los premios han sido adjudicados en la forma siguiente:

Motos: Sres. Bonet, Tapias, Ponsá, Fantomas, Lluch, Santos, Vidal, Borés, Lluch, Cepeda y Brugués.

Side cars: Sres. Escalé, Delgado, Andrés, Guri, Molíns, Herrando y Rubio.

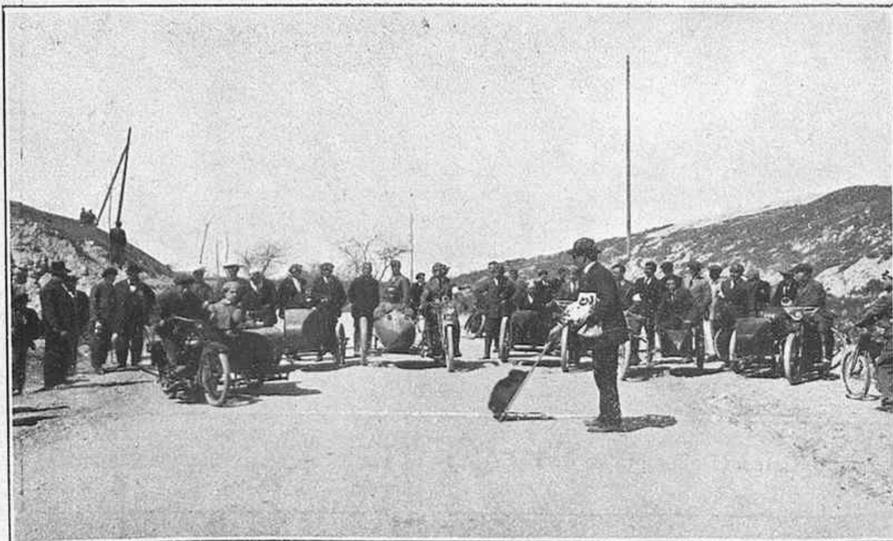
Cycle cars: Sres. Moré, Andreu, Bernardino, Custals, Perpiñá, Wotan y Ricart.



Barcelona. - Banquete con que el Círculo Artístico ha obsequiado a su vicepresidente D. Alejandro Cardunets por el éxito obtenido con su exposición de Arte

El campo en donde se celebró la fiesta, que es el de deportes de la referida sociedad, ofrecía un hermoso golpe de vista; en uno de los extremos del mismo alzabase la tribuna regia, en la que tomaron asiento SS. MM. los Reyes D. Alfonso y Doña Victoria, SS. AA. los Infantes Doña Isabel, D. Alfonso, Doña Beatriz y D. Fernando, y la duquesa de Talavera.

Guardia Civil, realizaron ejercicios gimnásticos de conjunto. Salieron luego a la palestra veinte socios de la Sociedad Gimnástica Española que hicieron ejercicios de paralelas y barras fijas, lanzamiento de discos, saltos con pértiga y sin ella y carreras pedestres. Después los bomberos realizaron ejercicios de barra fija y de



Madrid. Carreras de motocicletas. El kilómetro lanzado. Salida de los corredores



Barcelona. Carrera motorista organizada por la «Peña-Rhin» y celebrada en Sitjes. - Salida de los corredores

LA DAMA DE LAS PIEDRAS PRECIOSAS

NOVELA ALEMANA ORIGINAL DE EUGENIA MARLITT, PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL

»Y mi difunto yerno también se sometió por desgracia a esa preocupación ilógica haciéndose así reo de grave culpa para su hijo a quien tan entrañablemente quería.

— Dispense usted; no sabía yo que mi yerno, el consejero de comercio Sr. Lamprecht tuviese sobre su conciencia alguna culpa contra su hijo único, mi nieto Reinoldo, replicó la señora consejera encogiéndose de hombros con gesto de menosprecio.

— No me refiero al señorito Reinoldo, sino a mi nieto Max Lamprecht.

— ¡Insolente!, rugió la anciana.

Herberto se acercó a su madre y la invitó con acento resuelto a que se abstuviese de toda palabra ofensiva, y a que dejase hablar tranquilamente al Sr. Lenz; que ya luego se vería hasta qué punto eran fundadas sus pretensiones.

La anciana acercóse a la ventana más próxima y se puso de espaldas a su hijo y al Sr. Lenz, el cual entonces sacó de su bolsillo un gran sobre.

— ¿Contiene ese sobre los documentos fehacientes relativos a la celebración del matrimonio conforme a la ley?, apresuróse a preguntar Herberto?

— No, contestó el viejo pintor; contiene simplemente una carta de mi hija escrita desde Londres y en la que me anuncia su matrimonio con el consejero de comercio Sr. Lamprecht.

— ¿Y no posee usted otros documentos?

— Desgraciadamente no poseo más que éste; todos los demás se los entregué, por habérmelos pedido, al Sr. Lamprecht después que hubo muerto mi hija.

— ¿Lo oyes, hijo mío?, exclamó la señora consejera con aire de triunfo y soltando una sonora carcajada. Faltan las pruebas. ¡Naturalmente! Esa indigna acusación lanzada contra Balduino es una tentativa de *chantage* en toda regla. Es muy posible, añadió encogiéndose de hombros, que las mañas de seducción de la coquetela a quien en otros tiempos vimos pasearse por la galería del departamento de embalaje, produjeran en él sus efectos; y es muy posible que en algún punto del extranjero se estableciesen relaciones íntimas entre ellos. Esto, hoy en día, es cosa muy frecuente, por más que yo nunca hubiera creído a Balduino capaz de esos amoríos. Pero ¿un matrimonio? ¡Antes me dejaría hacer pedazos que dar crédito a tamaña insensatez!

— Tome usted, señor consejero, dijo el Sr. Lenz con voz apagada entregándole la carta. Lea usted ese documento y sírvase señalarle hora para mañana, en su oficina, a fin de que pueda yo proseguir mi relato. No me es posible seguir oyendo por más tiempo cómo se difama tan ignominiosamente a mi difunta hija... Y he de hacer un gran esfuerzo sobre mí mismo para consentir que ojos extraños lean esa carta.

— Tome usted, señor consejero, dijo el Sr. Lenz con voz apagada entregándole la carta. Lea usted ese documento y sírvase señalarle hora para mañana, en su oficina, a fin de que pueda yo proseguir mi relato. No me es posible seguir oyendo por más tiempo cómo se difama tan ignominiosamente a mi difunta hija... Y he de hacer un gran esfuerzo sobre mí mismo para consentir que ojos extraños lean esa carta.

— Tome usted, señor consejero, dijo el Sr. Lenz con voz apagada entregándole la carta. Lea usted ese documento y sírvase señalarle hora para mañana, en su oficina, a fin de que pueda yo proseguir mi relato. No me es posible seguir oyendo por más tiempo cómo se difama tan ignominiosamente a mi difunta hija... Y he de hacer un gran esfuerzo sobre mí mismo para consentir que ojos extraños lean esa carta.

— Tome usted, señor consejero, dijo el Sr. Lenz con voz apagada entregándole la carta. Lea usted ese documento y sírvase señalarle hora para mañana, en su oficina, a fin de que pueda yo proseguir mi relato. No me es posible seguir oyendo por más tiempo cómo se difama tan ignominiosamente a mi difunta hija... Y he de hacer un gran esfuerzo sobre mí mismo para consentir que ojos extraños lean esa carta.

— Tome usted, señor consejero, dijo el Sr. Lenz con voz apagada entregándole la carta. Lea usted ese documento y sírvase señalarle hora para mañana, en su oficina, a fin de que pueda yo proseguir mi relato. No me es posible seguir oyendo por más tiempo cómo se difama tan ignominiosamente a mi difunta hija... Y he de hacer un gran esfuerzo sobre mí mismo para consentir que ojos extraños lean esa carta.

— Tome usted, señor consejero, dijo el Sr. Lenz con voz apagada entregándole la carta. Lea usted ese documento y sírvase señalarle hora para mañana, en su oficina, a fin de que pueda yo proseguir mi relato. No me es posible seguir oyendo por más tiempo cómo se difama tan ignominiosamente a mi difunta hija... Y he de hacer un gran esfuerzo sobre mí mismo para consentir que ojos extraños lean esa carta.

— ¡Herberto!, exclamó la señora consejera. ¿Es posible que prestes el menor crédito a ese tejido de mentiras que, sólo de oírlas, deben llenarnos de indignación?

— Tiene usted razón, respondió el viejo pintor sin



— Tome usted, señor consejero, dijo el Sr. Lenz entregándole la carta

hacer caso de las palabras de la anciana; fui siempre débil enfrente de aquel hombre dominante; no debí contentarme, como me contenté, con promesas siempre renovadas y nunca cumplidas... Cuando hace un año nos encargamos de mi nieto, nos dijo el señor Lamprecht que, en aquel momento, las circunstancias no le permitían todavía reconocer públicamente al hijo de su segundo matrimonio, ofreciéndonos, en cambio, otorgar inmediatamente un testamento para, en caso de su muerte repentina, asegurar los derechos filiales de su pequeño Max... Sin embargo, a lo que se ve, no cumplió su promesa; seguramente no pudo creer que la muerte le sorprendiese de pronto, en la plenitud de su vigor. Mas no por esto me desanimo; los papeles de legitimación existen: el certificado del matrimonio, el del bautismo de mi nieto, todos esos documentos *han de estar* necesariamente entre los papeles de la sucesión. Por esto acudo a usted, señor consejero, porque se me resiste hacer intervenir a un abogado en este asunto, que pongo en absoluto en manos de usted.

— Y yo acepto esa prueba de confianza, respondió Herberto. Uno de estos días se quitarán los sellos que puso el tribunal, y yo doy a usted mi palabra de que se hará cuanto sea preciso para aclarar este asunto.

— Doy a usted las gracias con toda mi alma, dijo el Sr. Lenz, tendiendo la mano a Herberto.

Luego saludó en dirección al sitio en donde estaba la señora consejera y salió.

Hubo en aquella estancia un momento de silencio tan profundo como el que suele suceder a la primera ráfaga de viento de una tempestad que se inicia.

Sólo se oyó el roce del papel que Herberto sacó del sobre y desplegó, mientras su madre completamente abstraída, tenía fijos los ojos en la puerta detrás de la cual acababa de desaparecer aquel «hombre de mal agüero...» Pronto, sin embargo, volvió en sí y con acento indignado exclamó dirigiéndose a su hijo:

— ¿Es posible, Herberto, que mientras tu madre se consume de pena y de indignación te entretengas en leer esa carta de una miserable coqueta que

no puede contener más que una sarta de embustes? — No son embustes, mamá, replicó Herberto visiblemente emocionado.

— ¡Ah, hijo mío! ¿Te sientes conmovido? Mira que el papel lo acepta todo y es de presumir que la bella Blanca recurriría a todas sus artes y a su habilidad en el manejo de la pluma para echar, ante los ojos de sus padres, un velo, por tenue que fuese, a su falta... ¡Y un hombre como tú se deja engañar y da crédito a lo que dice la carta!

— Antes de leerla ya creía en lo que en ella hay escrito.

— ¡Vaya una ridiculez! ¡Dar crédito a las palabras de un viejo medio idiota!

— Querida mamá, desiste de querer tranquilizarme y tranquilizarte con falsas ilusiones; más vale que veas la verdad frente a frente... Apenas hubo el Sr. Lenz comenzado su relato, sentí como si me arrancasen una venda de los ojos y ante mí apareció claramente explicada la misteriosa conducta que Balduino observó en estos últimos años y que en vano pretendíamos descifrar. Mi cuñado sostenía una terrible lucha interna consigo mismo, y muy distinta habría sido su existencia si la muerte no le hubiese arrebatado a su segunda esposa. Con aquella mujer hermosa, ilustrada a su lado, habría acabado por resolverse, andando el tiempo, a introducir la en el seno de su familia; pero muerta ella quedó roto el encanto, y sólo le quedó el hecho de ser yerno del Sr. Lenz; y entonces venció en él la cobardía, ¡la miserable cobardía!, repitió con indignación. ¡Cómo pudo llevar sobre su conciencia el pecado de no haber admitido en su casa a ese hijo, a ese niño hermoso que debiera haber sido su orgullo! ¡Cómo pudo consentir que Reinoldo, en su baja envidia, mortificase implacablemente tan a menudo a su hermano!.. ¡Pobre niño!.. Cuando recuerdo aquellas palabras que me murmuró al oído junto al ataúd de su padre: «¡Preferiría besarle en la boca! ¡Me había él besado tantas veces cuando estábamos solos!..»

— Mira, hijo mío, dijo interrumpiéndole la señora consejera que ya se había tranquilizado enteramente y en cuyos labios asomaba una sonrisa forzada; todo esto demuestra que ese «hermoso niño», como vosotros decís, es un bastardo. Y me parece que prescindes por completo de la razón fundamental, por la cual Balduino no podía contraer un segundo matrimonio: la promesa solemne que hizo a Fanny y que ésta llevó consigo a la tumba.

— ¡Sí, y ésta es una cosa que difícilmente podré perdonar a mi hermana!, exclamó Herberto casi con dureza. Es una crueldad, una monstruosidad sin igual aprovecharse del dolor de una separación eterna para amarrar por toda la vida a un hombre desdichado a la mano de una muerta.

— Bueno, no discutamos esto; yo veo la cuestión con otros ojos que tú y me digo que esta circunstancia es y será nuestra mayor garantía. Ten en cuenta lo que te digo: los documentos no parecerán; porque nunca han existido... ¡Tanto mejor!.. Así la cosa podrá arreglarse con dinero y de ello habrán de resentirse más o menos las fortunas de los dos herederos legítimos; pero ¿qué remedio queda? Todo puede hacerse con el mayor sigilo, y esta solución es preferible al escándalo de tener un hermanastro hijo de una madre tan vulgar.

— ¿Hablas en serio, mamá?, preguntó Herberto indignado y mirando fijamente a su madre. ¿Prefieres que sobre la memoria de Balduino pese la mancha de un crimen infame? ¡Gran Dios! ¡Hasta qué grado de inmoralidad conducen las funestas preocupaciones de clase!.. ¿Acaso no era Fanny hija de una familia de la clase media? ¿Y acaso su madre, la primera esposa de mi padre, no era una joven salida del pueblo?

— ¡Muy bien, muy bien! ¡Proclama ante todo el mundo esas cosas, ahora que estamos en vías de encumbrarnos rápidamente!, exclamó la anciana, ardiendo en cólera y con voz ahogada. En verdad que

no te comprendo, Herberto. ¿De dónde sales ahora con esas penosas teorías?

— Siempre las he profesado, respondió Herberto con acento de indignación.

— Culpa tuya es si me he equivocado acerca de tus ideas, pues nunca ha sido posible conocer tu modo de pensar, nunca hemos tenido una de esas conversaciones íntimas tan naturales entre madre e hijo; respecto de ti, siempre he estado a oscuras... Por lo demás, puedes pensar como gustes sobre este asunto, que yo me aferro a mi punto de vista. En realidad, prefiero creer en la existencia, en nuestra familia, de una falta expiada, desconocida y rescatada con dinero, que verme de repente emparentada con esa gentuza... Y ahora te preguntaré ¿no tienes corazón para los hijos de Fanny? Porque si apareciese un tercer heredero legítimo, la fortuna de Reinoldo y de Margarita sufriría una gran merma.

— Siempre les quedará lo suficiente para vivir con holgura.

— En tu concepto, puede que sí, pero a los ojos del mundo, no. Margarita es uno de los mejores partidos de esta comarca, y aun cuando ahora comete la inexplicable tontería de rechazar las más brillantes proposiciones, día vendrá en que será más juiciosa y mirará las cosas tales como en realidad son. Pero no dudo ni un momento de que su porvenir hermoso quedaría comprometido si una tercera parte de la fortuna de los Lamprecht pasase a poder de otro heredero.

— Una joven como Margarita será siempre solicitada aunque su fortuna no sea tan cuantiosa, replicó Herberto.

Y casi en voz baja, añadió:

— Cuanto menos dinero tenga, tanto mejor.

— ¿Margarita? ¿Sin dinero?, exclamó la anciana juntando las manos sobre su cabeza. ¡Qué ilusiones te haces, Herberto! Quítale la aureola de su posición, y esa chiquilla delgaducha y desgarbada será como un pobre pájaro a quien hayan quitado el adorno de sus plumas... Te confieso que casi desearía que, después de mi muerte, hubieras de encargarte de casarla.

— No me sería difícil, respondió Herberto con una sonrisa imperceptible.

— Un poco más difícil que colocar a un nuevo escribiente, replicó la señora consejera en tono de burla. Cree a tu madre, hijo mío. Pero ¿a qué disputar por una tontería?, añadió cortando la conversación. Tú y yo estamos excitados: yo por la impudencia de ese hombre que arroja en nuestra casa una bomba, aunque esta bomba bien analizada resulte ser un petardo inofensivo; y tú porque te has acordado de un primer amor. Cuando estemos más tranquilos, seguiremos hablando de este asunto, que supongo que permanecerá secreto entre nosotros. Margarita y Reinoldo sabrán en tiempo oportuno qué cantidad han de distraer de su herencia para rescatar el funesto extravío de su padre. ¡Pobres muchachos!

Y dicho esto salió del despacho de su hijo.

XXII

Aquel día lucía el sol en la ciudad; un sol de invierno pálido que en vano lamía la espesa capa de nieve acumulada en los tejados. Cierta que caían de éstos algunos hilitos de agua, pero quedaban colgando de las canales como cintas de plata.

Las delicadas flores caseras, colocadas detrás de las ventanas, regocijábanse, a pesar de todo, con aquella débil sonrisa del sol, y el loro de la señora consejera chillaba sin cesar, como si los dorados reflejos que sobre las paredes arrojaba el anillo de latón de su jaula herido por el sol, fuesen realmente espléndidos rayos del día...

El loro, por lo demás, estaba archiconfeso; nunca había recibido de su ama tantas caricias, tantos bizcochos, tantos pasteles como aquel día. Parecía como si en el segundo piso de la casa Lamprecht reinase una satisfacción inusitada; los niños mendigos recibían más pan y menos sermones que de costumbre; la cocinera abandonaba el fogón con más frecuencia de lo que convenía, para probarse una y otra vez el hermoso sombrero, casi nuevo, que la señora consejera le había regalado; y la camarera, cantando alegremente, estudiaba el mejor modo de modernizar un traje de casimir de que le había hecho donación su ama.

No sucedía lo mismo abajo, en la cocina de los Lamprecht, porque allí la gente, como decía Bárbara, tenía en el pecho un corazón y no una piedra. Cierta que ya no tenía que preocuparse, como había sido costumbre y casi ley durante tantos años en aquella casa, por los inquilinos del departamento de embalaje; pero cuando en una habitación que preci-

samente daba al patio, había una persona gravemente enferma, ningún cristiano podía obrar como si aquella casa fuese simplemente un montón de piedras en el que no viviesen corazones humanos que estaban pasando por las mayores aficciones. Por esto reinaba el silencio más absoluto en la cocina y los criados se movían haciendo menos ruido que de ordinario.

El día antes, al anochecer, Bárbara había ido a buscar agua a la fuente del patio y allí se había en-



— ¿Margarita? ¿Sin dinero?, exclamó la anciana

contrado con la criada de los Lenz que iba a lo mismo y que, hondamente emocionada, había referido que su señora había tenido, hacía algunas horas, un ataque de apoplejía, que no podía hablar, que tenía todo el lado izquierdo imposibilitado y que el médico, que todavía estaba junto a la cama de la enferma, había considerado muy grave la cosa. Y con lágrimas en los ojos había añadido que el viejo Sr. Lenz, pálido como un muerto, se paseaba de un extremo a otro de la habitación, retorciéndose las manos y tan angustiado que ni siquiera dirigía una mirada al pequeño Max que, acurrucado en un ángulo de la cama, no separaba los ojos del desfigurado rostro de su abuela y se negaba a tomar el menor alimento.

Después, aquella criada había dicho al oído de Bárbara que la señora Lenz había estado durante todo el día muy agitada y que, a primera hora de la tarde, había llegado el señor con el semblante demudado y con voz tan ronca que parecía como si tuviese la garganta seca. Ella, la criada, había ido a la cocina a fregar los platos y al poco rato había oído un gran golpe en la habitación en donde se habían quedado sus amos: era que la señora Lenz había caído desplomada al suelo... ¿Qué había pasado? ¿Qué había podido ocasionar el accidente de su pobre ama? No lo sabía.

En cambio lo sabía perfectamente la señora consejera: Herberto había llamado a su oficina al viejo Lenz para darle la inexorable noticia de que entre los papeles de la sucesión del Sr. Lamprecht no se había encontrado el menor documento, el dato más insignificante ni sobre la celebración del matrimonio de aquél con Blanca, ni respecto del nacimiento del niño.

El misterio que desde la humilde casa de los Lenz había amenazado envolver en sus redes la orgullosa mansión de los Lamprecht, parecía, pues, quedar sumido en las sombras que cubren tantos otros enigmas de la historia del mundo que no han podido ser resueltos.

Cierto que el viejo Lenz podía hacer personalmente investigaciones en las iglesias de Londres en donde se habían efectuado el matrimonio de su hija y el bautizo de su nieto; pero en la carta de Blanca no se citaba el templo en donde «había tenido la dicha de ser su esposa y de recibir de sus manos el anillo nupcial».

El Sr. Lenz había luego referido a Herberto, que un día la señora que cuidaba a su hija y que al mismo tiempo, era amiga suya, le había escrito anunciándole el nacimiento de un nieto y que, tres días después, había recibido un telegrama notificándole que Blanca estaba muriéndose. Inmediatamente había partido él para Londres con objeto de ver por última vez a su hija única; pero había llegado tarde, pues ya Blanca estaba enterrada, y la lujosa casa en que ésta había vivido y muerto hallábase abandonada, quedando únicamente en ella la expresada

amiga para vender, por orden del Sr. Lamprecht, todo el mobiliario. Dicha señora había explicado que el viudo, después de haber enterrado a su esposa, se había marchado de Londres y que parecía un loco, hasta el punto de que ella había procurado no encontrarse con él; ni siquiera había mirado ni mucho menos besado a su hijo, por haber sido el nacimiento del pobre niño causa del fallecimiento de Blanca; a pesar de lo cual llevóselo consigo, junto con el ama, porque no quería volver nunca más a Londres.

Habíale añadido la expresada señora que el señor Lamprecht le había regalado todos los vestidos, ropa blanca y demás de la difunta, en recompensa de sus servicios, pero que, en cambio, había recogido de un pupitre todas las cartas y otros documentos. Ni un solo papel había en los cajones, dijo el Sr. Lenz, añadiendo que él únicamente habría deseado poderse llevar un recuerdo escrito de su hija. Quedóse únicamente Filina, la perra favorita de Blanca, que permanecía oculta en un rincón, sin que nadie le hiciera caso, y que, agradecida, había lamido la mano...

Un año después, volvió a su casa el Sr. Lamprecht completamente transformado; sus explosiones de desesperación al hablar de su esposa muerta, habían conmovido profundamente a él y a su mujer, a quienes visitaba durante la noche. Por él supieron un día que el pequeño Max estaba en París al cuidado de la viuda de un antiguo corresponsal, señora ilustrada y en extremo distinguida. El niño se hallaba, pues, en buenas manos; el Sr. Lamprecht había estado en continua correspondencia con aquella dama que le enteraba minuciosamente de todo lo concerniente a su hijo, a quien, por otra parte, no había podido él resolverse a ver nunca más... Pero hacía un año, aquella señora había fallecido en París repentinamente, y entonces el Sr. Lamprecht había manifestado la resolución de poner a Max a pensión en un colegio, a lo que se opuso resueltamente su abuela diciendo, que el niño era todavía demasiado pequeño y que todavía necesitaba la vida tranquila y los cuidados de la familia, e invocando sus derechos sobre el muchacho, pues demasiado tiempo hacía que, por consideración a su padre, reprimía sus deseos ardientes de ver a su nieto. El señor Lamprecht, ante la amenaza de enterar de todo a su familia, en caso de que persistiera en su determinación, había llevado por fin al pequeño Max a casa de sus abuelos; y a partir de aquel momento, había operado en él una transformación profunda: la presencia de aquel niño hermoso e inteligente había despertado de repente en el corazón de aquel hombre sombrío, el más acendrado cariño paternal. Y muy a menudo, ya muy avanzada la noche, había subido el Sr. Lamprecht a casa de ellos y permanecido horas y horas junto a la cama en donde dormía el niño, teniendo la manecita de éste entre las suyas. Además había acariciado grandes planes respecto al porvenir de aquel hijo.

Todo esto, habíalo referido el Sr. Lenz lisa y llanamente a Herberto en su oficina; y si alguna duda hubiese quedado en el ánimo de éste, aquella narración sencilla, hecha con acento de la mayor sinceridad por el emocionado anciano, la habría disipado por completo.

Pero el convencimiento, por firme que fuese, aunque con él lo compartiese el mundo entero, no bastaba; necesitábanse pruebas.

«Sin documentos legítimos y fehacientes, había dicho Herberto al viejo pintor, todas sus pretensiones serán rechazadas; por consiguiente lo que debe usted hacer es partir para Londres. Tendrá usted que vencer grandes dificultades, perder mucho tiempo y gastar mucho dinero; pero en aras de la justa causa que usted defiende, arrostrará usted las dificultades con gusto y sacrificará usted con placer el tiempo. En cuanto al dinero, no se preocupe usted; lo tendrá usted cuando sea necesario.»

Estas palabras del consejero habían sido, por lo menos, un ligero consuelo, un apoyo pequeño, mas apoyo al fin, al que podía asirse el Sr. Lenz en su apurada situación; pero de este consuelo no había podido hacer partícipe a su esposa porque ésta, a sus primeras palabras, había sido acometida por el violento ataque de apoplejía.

En el entretanto, en el escritorio todo seguía su curso normal.

Si el joven jefe de la casa hubiese podido sospechar que la tempestad se cernía en el horizonte, de fijo hubiera dedicado su atención a cosas muy distintas de las minuciosidades en que con preferencia seguía ocupándose. No había podido acabar aún con la antigua rutina; quedaban todavía aquí y allí puertas falsas por las cuales escapaban las malversaciones.

No sólo todos los rincones de la casa debían ser inspeccionados incesantemente; también requería exquisita vigilancia el patio, con su segunda salida, es decir la puerta que comunicaba con la vivienda de los Lenz. Por allí iban y venían de continuo criadas y asistentes; por allí podían substraerse comestibles y leña de la cocina y avena de las cuadras. De aquí que se hubiesen habilitado todos «los observatorios» del patio y que permaneciesen abiertas de día las ventanas que durante años habían permanecido cerradas.

Los inconvenientes de estos observatorios habíalos pedido tocar el día antes Bárbara, al volver a la cocina con el cubo que había ido a llenar a la fuente del patio; allí se le había presentado inmediatamente Reinoldo y en términos duros le había dicho que en adelante se abstuviese, cuando fuese por agua, de charlar con las demás criadas de la vecindad.

Aquella tarde regresó Margarita de Dammbach; venía satisfecha del éxito de sus cuidados, pues el abuelo estaba mucho mejor. Pero el médico de la familia, a quien Herberto consultó sin decir nada a nadie, opinaba que la enfermedad del anciano consejero no se curaría mientras residiese en aquel pabellón, de construcción ligera y expuesto a todas las intemperies, y que era menester, por consiguiente, que en el rigor del invierno se trasladase a la ciudad.

El interesado se había declarado conforme con esta opinión, tanto más cuanto que no viviría en el mismo piso de su esposa, sino en dos habitaciones del primer piso, situadas precisamente encima de la parte de la planta baja habitada por los Lamprecht, y que se acondicionarían especialmente para él.

Con objeto de proceder a la instalación había vuelto Margarita a la ciudad.

Tía Sofía alegróse mucho de verla, a pesar de que Bárbara, asustada, opinaba que la joven tenía el semblante flaco y pálido.

También se alegraba por dentro tía Sofía de que fuese a vivir allí el Sr. Marschal; pues así volvería a haber en aquella casa una voluntad viril, una voz que, cuando ordenase algo, infundiese temor y respeto, cosa tanto más necesaria cuanto que la señora consejera, cada día más despótica, desde que había cerrado los ojos Balduino, daba rienda suelta a la antipatía que siempre había sentido hacia ella, se metía en todas las cosas de la casa y criticaba todos los actos de la «vieja solterona» como si ésta fuese su subordinada.

Apenas llegada, ya supo Margarita la desgracia ocurrida a la familia Lenz; tía Sofía y Bárbara estaban de conciliábulo en la cocina para ver el mejor modo de hacer llegar a manos del viejo pintor, sin que nadie se percatase de ello, algunas bebidas refrescantes para la enferma.

— Yo se las llevaré, dijo Margarita.

— ¡No, por Dios!, exclamó Bárbara en tono suplicante y llevándose las manos a la cabeza. ¡Valiente escándalo se armaría!

Y le explicó que Reinoldo atibababa desde todas las ventanas; que los Lenz eran para él una espina que tenía en el ojo y que aun los despreciaba más que su difunto padre. Y añadió que sin ir más lejos, el día antes le había el señorito echado a ella, que se había hecho vieja sirviendo en la casa, un rapapolvo de primera y le había leído la cartilla, sin dejarse una letra, sólo porque la había visto hablar con la criada de los Lenz. Y terminó diciendo que no quería presenciar el horrible espectáculo de que Reinoldo hiciese con su propia hermana lo que con ella había hecho.

Margarita no se dejó convencer por estas razones y cogiendo, sin decir palabra, una cesta con algunas cajas de gelatina, entró en la salita, envolvióse en un albornoz de lana blanco y se dirigió hacia la puerta.

Pero tuvo un mal encuentro; en el momento en que salía al vestíbulo, su abuela, envuelta en una elegante capa de terciopelo negro, descendía por la escalera principal, dispuesta, a lo que parecía, a hacer alguna visita en la ciudad.

— ¿Cómo tan de blanco, estando como estás de luto riguroso, Margarita?, exclamó al ver a su nieta. Supongo que no pensarás en salir de este modo a la calle.

— No; voy a casa de los señores Lenz, respondió

con firmeza la joven, bien que mirando asustada hacia el escritorio, en donde habíase oído chirriar una ventana.

— ¿A casa de esa gente?, preguntó la señora consejera bajando más de prisa los últimos escalones.



... allí se le había presentado inmediatamente Reinoldo...

Espera un poco, que antes he de decirte dos palabras.

— Y yo otras dos, gritó Reinoldo cerrando la ventana desde donde espiaba la escena.

E inmediatamente estuvo en el vestíbulo.

— ¡Vamos a la salita!, dijo la abuela, echándose el velo atrás y abriendo la marcha.

Margarita, quieras que no, hubo de seguirla, y Reinoldo fué detrás de ella como gendarme que escolta a un criminal.

XXIII

Apenas estuvieron en la sala, Reinoldo, sin el me-



La señora consejera le contuvo, sujetándolo por el brazo...

nor miramiento, tiró de la capa de su hermana y arrebató la cestita que ésta llevaba en el brazo.

— ¡Gelatina de frambuesas, gelatina de albaricoques!, exclamó leyendo los rótulos de los tarros. Es decir cosas excelentes de nuestra despensa... ¿Y todo esto es para el granuja de arriba, Margarita?

— No es para él, respondió la joven impasible; ya

debes saber que la señora Lenz está gravemente enferma de un ataque de apoplejía.

— Lo ignoraba; de estas cosas no me entero nunca porque no gusto de charlar con la dependencia. Hago exactamente lo que hacía nuestro padre, que nunca preguntaba por la familia del viejo pintor.

— Y así debe ser, dijo la abuela. El dueño de una fábrica ha de mostrarse siempre reservado porque de lo contrario, ¿cómo podría hacerse respetar de sus centenares de obreros?.. Pero dime, Margarita, por amor de Dios, ¿qué idea te ha dado de salir en pleno día envuelta en tu salida de teatro?

Y al decir esto clavó su mirada furiosa en el blanco abrigo.

— No quería presentarme de negro delante de una enferma, contestó Margarita.

— ¿Cómo? ¿Por consideración a esa mujer has quebrantado el luto de tu padre?, exclamó la anciana en el colmo de la indignación.

— Mi padre me perdonará.

— ¿Nuestro padre?, dijo Reinoldo soltando una estridente carcajada. ¡No digas esas cosas en las cuales ni tú misma crees! Acuérdate de que una vez que quisiste ejercer de hermana de la caridad cerca de esas gentes, papá te prohibió terminantemente que volvieras a visitarlas, porque tales visitas eran cosa inusitada en nuestra familia. Y ya cuidaré yo de que su voluntad se cumpla... ¡Aparte de que das muestra de una falta de tacto imperdonable frecuentando el trato de un hombre a quien me he visto obligado a despedir por su gandulería notoria.

— Ese hombre está casi ciego...

— ¿Qué, también sabes eso? Sí, es cierto que para excusar su gandulería dice que tiene la vista mala; pero no es tanto como él supone. Además no lleva tantos años en nuestra fábrica que estemos obligados a cuidarnos de él y de su familia, aun en el caso de que fuese cierta su supuesta ceguera. Pregunta al tenedor de libros, y él te dirá que obro correctamente. Y ahora, quítate ese abrigo de teatro; piénsalo bien y verás que te pones en ridículo queriendo prestar servicios que de ti nadie ha solicitado.

— No estoy conforme con esto, Reinoldo, replicó Margarita con dulzura, pero al propio tiempo con firmeza; no admito que porque tú seas duro y cruel todos debamos serlo. Me duele tener que contradecirte, sabiendo como sé que toda contradicción te excita; pero el deseo de evitarte un disgusto no puede hacerme desistir del cumplimiento de otros deberes.

— Esto no deja de ser una tontería. ¿Qué te importa a ti de la mujer del pintor?

— Esa mujer tiene derecho a la ayuda y a la asistencia de sus semejantes, como lo tiene cualquier persona enferma. Sé, pues, bueno, Reinoldo, y no me impidas hacer lo que creo obra de bondad y de justicia.

— ¿Y si a pesar de todo yo te lo prohibiese?

— ¿Prohibírmelo?, exclamó la joven indignada. No tienes derecho a ello, Reinoldo.

Éste se abalanzó hacia su hermana con el rostro demudado.

La señora consejera le contuvo, sujetándolo por el brazo, y dirigiéndose a Margarita díjole con acento colérico:

— ¿Cómo te atreves a mostrarte tan altanera con tu hermano? Reinoldo tiene derecho para decir lo que dice pues antes de poco será aquí el amo absoluto; demasiado sabes que la casa de comercio y esta mansión patrimonial han de pertenecer al único descendiente varón de la familia.

— Y a la hija se le dará su parte de herencia y no tendrá ya nada que ver con esta casa, aunque haya nacido en ella, añadió Reinoldo con su voz estridente e infantil y con una precipitación que denotaba que desde hacía mucho tiempo acechaba esta ocasión de hacer aquella manifestación a su hermana.

— Ya lo sé, Reinoldo, replicó Margarita tristemente y con la mirada velada por una expresión de melancolía. Ya sé que con mi padre he perdido también el viejo y querido hogar; pero todavía no eres el amo que pueda arrojarme de aquí si no me someto dócilmente a tu voluntad.

(Se continuará.)

MADRID. - NOTAS DE ACTUALIDAD. (Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



Una escena del segundo acto de *El Protector de Inglaterra*, drama histórico en tres actos y en verso, original de D. José M. de Ortega Morejón, estrenado con éxito en el Teatro Español



Final del primer acto de *La culpa ajena*, comedia en dos actos original de los Sres. Insúa y Hernández Catá, estrenada con buen éxito en el Teatro Infanta Isabel

Actualidades teatrales. - El Sr. Ortega Morejón ha utilizado para su drama *El Protector de Inglaterra* un episodio de la vida de Oliverio Crómwell, presentándonos la figura de éste más que en su aspecto exterior y objetivo, en su aspecto íntimo, y en los días de su vejez, cuando el sombrío puritano, enfermo, tenía alternativas de debilidad y paroxismos de fiereza, instantes de seguridad y confianza y momentos de duda, de remordimiento y de pavor.

Isabel, la hija predilecta de Crómwell, es amada por lord Hervet, ferviente monárquico, y corresponde al amor que éste le profesa; su hermana, lady Fleevod, en cambio, odia al lord y desea su perdición. Preso como conspirador, Hervet, que en una ocasión ha salvado la vida a Crómwell, es condenado a muerte; el protector, ante las súplicas de Isabel, parece inclinado a perdonar al culpable; pero la intervención de lady Fleevod extingue en su alma todo sentimiento de piedad, y el infeliz manco es decapitado. Isabel, que desde una ventana presencia el suplicio, lanza sobre su padre una maldición.

El autor de este drama ha estudiado a fondo el carácter de Crómwell y de los demás personajes que en la obra intervienen, así como la época en que la acción se desarrolla, ofreciendo un conjunto en el que se admira un elevado sentido del arte, pues en él se ven ensalzados los nobles sentimientos del alma humana en forma que verdaderamente emociona.

El Protector de Inglaterra está escrito en inspirados y armoniosos versos y tiene hermosos arranques líricos.

En un pueblo vive una familia honrada, piadosa, compuesta de un matrimonio con dos hijas casaderas; la abuela de éstas, en su juventud, habíase escapado con un tenor y había sido luego bailarina, y aunque en los últimos años de su vida se arrepintió, llevó una existencia morigerada y murió como una santa, el estigma de sus antiguos escándalos pesó primero sobre su

hija, que difícilmente pudo casarse, y después sobre sus nietas, que son víctimas de la murmuración, sin dar el menor pretexto para ella y a las que ningún hombre se acerca con buenos propósitos. Una de ellas, Angelita, encuentra al fin un novio, que pide su mano y que rebelándose contra el malsano ambiente que en aquel pueblo se respira, propone que toda la familia traslade su residencia a Madrid, en donde se verán todos libres de la maledicencia y no continuarán purgando una culpa que ninguno de ellos cometió.

Tal es el argumento de *La culpa ajena*, comedia en dos actos de Alberto Insúa y Alfonso Hernández Catá estrenada con excelente éxito en el Teatro Infanta Isabel. La obra está bien construída y admirablemente escrita; los caracteres de los personajes están perfectamente estudiados y sostenidos; la acción se desenvuelve lógicamente y naturalmente, y en toda la comedia presiden un tono de buen gusto y una idea noble y levantada. Los autores de *En familia* y *Cabeçita loca* se han acreditado una vez más de dramaturgos conocedores de los recursos escénicos y como escritores cultos que no buscan el aplauso más que por medios de buena ley.

Las señoritas Palou y Robles dan gran realce a sus papeles; la señorita Cañete, las señoras



Una escena de *Los trovadores*, opereta en tres actos arreglo de Gutiérrez Reig, música de los maestros Calleja y Foglietti, estrenada con buen éxito en el Teatro Eslava



Una escena de *Zintha*, zarzuela en un acto, letra de Fiacro Irayzoz, música del maestro Nogués, estrenada con buen éxito en el Teatro Apolo



Escena final de *La desconocida*, juguete cómico en dos actos original de José M. Acevedo estrenado con buen éxito en el Teatro Lara

El Sr. Ruiz Tatay, que estrenó el drama para su beneficio, interpreta el papel de Crómwell con gran sobriedad, dándole la grandeza que el autor imprimió en el personaje. Carmen Coñeña da a su papel toda la ternura y pasión que requiere. También están acertados en los suyos la señora Pino, la señorita Jiménez, y los Sres. Muñoz y Viñas.

Siria y Valdivia, y los Sres. Hernández, Díaz, Adame y Olózaga interpretan los suyos con singular acierto.

El argumento de *Los trovadores*, opereta estrenada con excelente éxito en el Teatro Esla-

va, tomado de una obra extranjera, resulta entretenido e interesante y abunda en escenas cómicas; tiene una acción lógicamente desarrollada y una moraleja sana que el libretista, con plausible empeño, procura expresar muy claramente, sentando la tesis de que los amores ligeros son una superchería y que sólo el amor matrimonial es el verdadero amor.

La música de los maestros Calleja y Foglietti es alegre, inspirada, de corte elegante; contiene algunos números, como la balada de la molinera, hermosamente escritos, y está muy bien instrumentada.

En la interpretación se distinguen de un modo especial Dionisia Lahera, Rafaela Haro y Ramón Peña, a quienes secundan perfectamente las señoritas Piniños, Torres, López Romero y Santamaría, y los señores Lorente y Barreto.

La presentación escénica de *Los trovadores* es inmejorable; las decoraciones, de Martínez Garí, son de un gran efecto, y los trajes, atrezzo y demás accesorios llaman la atención por su elegancia, riqueza y propiedad.

La desconocida, juguete cómico en dos actos de José M. de Acevedo, estrenado con aplauso en el Teatro Lara, es un vodevil del género de las antiguas comedias de enredo, con todos los elementos propios de esta clase de obras, es decir, con multitud de complicados episodios y de equívocos, basados unos y otros en errores que fácilmente pudieron desvanecerse, si los personajes quisieran enterarse de lo que pasa, pero sin los cuales la obra no existiría. Abunda ésta en situaciones cómicas y está bien escrita, y el público ríe y celebra los chistes del diálogo y la gracia de la acción.

En la interpretación consiguen merecidos aplausos las señoras Ariño y Las Heras, las señoritas Monero, Heredero y Garcés, y los señores Ramírez, Manrique, Agustí, Peña, Mora, Ozores y Mihura.

El veterano y aplaudido autor dramático Fiacro Irayzoz ha estrenado con muy buen éxito en el Teatro Apolo una zarzuela en un acto y tres cuadros titulada *Zintha* cuyo argumento, en resumen, es el siguiente. El canciller de un imperio quiere casarse con la hija de un posadero que está enamorada de un sargento; pero por fortuna para los novios mozos, el linajado galán es un hombre sumamente supersticioso, y gracias a esta circunstancia logran aquéllos librarse de él y ver realizados sus amorosos deseos. En efecto, la posaderita y su prometido consiguen que la gitana *Zintha* prediga al canciller que el primer marido de aquélla morirá al cabo de un mes de casado y en cambio el segundo tendrá larga y feliz existencia. En vista de esta predicción el canciller, para ser el segundo marido, casa a la muchacha con el militar, el elegido de su corazón. La obra está escrita en fáciles versos, y la gracia del diálogo acredita una vez más el ingenio de su autor.

La música de *Zintha*, original del joven compositor don Fernando Nogués, quien con esta partitura hace sus primeras armas en el teatro, es agradable e inspirada y tiene excelentes efectos orquestales que demuestran en su autor un gran conocimiento de la técnica musical.

En la interpretación se distinguen Emilia Iglesias, Consuelo Mayendía y los señores Moncayo, Morillo y Gorgé, acertadamente secundados por



Inauguración del nuevo Colegio de la Reina Cristina, costeado por esta augusta señora S. M. el Rey D. Alfonso XIII firmando el acta de la inauguración

el resto de la compañía. La obra ha sido muy bien puesta en escena.

Inauguración del nuevo Colegio de la Reina Cristina. - Hace pocos días efectuóse la inauguración oficial de este Colegio para niñas pobres construído en la carretera de Extremadura a expensas de Su Majestad la Reina Doña María Cristina, habiendo honrado el acto con su presencia SS. MM. los Reyes D. Alfonso y Doña Victoria, que quisieron así rendir un tributo de afecto a su augusta madre y asociarse a la obra ejemplar por ella realizada. También asistió S. A. la Infanta Doña Isabel.

Los Reyes y sus acompañantes fueron recibidos por el obispo de Sión, el ministro del Tribunal de la Rota y capellán de honor de Palacio D. Javier Vales, las marquesas de Pontejo y Martorell y de Santa Cristina, el arquitecto autor del proyecto del edificio Sr. Aldama y otras distinguidas personalidades, y se dirigieron a la capilla, en donde un coro de niñas cantó un *Ave María* y el prelado bendijo el nuevo templo.

Desde la capilla trasládense las Reales personas y los invitados a las diferentes clases, conversando en ellas amablemente con las educandas, a las que hicieron numerosas preguntas relacionadas con sus familias y sus estudios, y luego se dirigieron al salón principal, en donde se efectuó el acto propiamente dicho de la inauguración.

La niña Concepción González leyó un sentido discurso saludando a SS. MM. y dándoles las gracias por la protección que de ellas recibe el colegio y por las mercedes que le dispensan, y gracias a las cuales tantas niñas pobres reciben educación cristiana, sustento y vestido. Después de agradecer la asistencia de las Reales personas al acto que se realizaba, terminó deseando que Dios derrame sobre ellas sus gracias y favores y haga a nuestra España grande, próspera, esplendorosa y feliz bajo el cetro de D. Alfonso XIII.

Los Reyes y sus acompañantes procedieron luego a firmar en un libro el acta donde se hace constar la ceremonia de la inauguración y la visita de Sus Majestades, y después continuaron su visita, recorriendo el obrador y entrando en las habitaciones de las religiosas. D. Alfonso visitó detenidamente todo el edificio, llegando hasta el tercer piso y viendo también el jardín que hay a espaldas del colegio.

Finalmente SS. MM. estuvieron en el comedor presenciando la comida de las niñas. Al retirarse fueron objeto de entusiastas manifestaciones de simpatía por parte de aquel vecindario, que también les había aclamado calurosamente a su llegada.

El edificio del nuevo colegio, cuya construcción ha sido costeada por S. M. la Reina Doña María Cristina, es espacioso, de estilo moderno y tiene planta baja y dos pisos y terreno para parque. Todas las dependencias reúnen las debidas condiciones de higiene y comodidad, y el menaje de enseñanza está instalado con arreglo a los últimos adelantos y a las más modernas exigencias de la ciencia pedagógica. El colegio está regido por Hermanas de la Caridad y en él reciben educación más de trescientas niñas pobres a las cuales se les sirve comida y merienda. La Reina Doña María Cristina las viste una vez al año y por Nochebuena les da un buen aguinaldo, comidas extraordinarias y juguetes.

La mia es mucho más bonila porque la lavo con Jabón **HENO** de PRAVIA Ehrmann.

-BARCELONA.-LA FIESTA DEL ÁRBOL. (Fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)



En la cumbre del Tibidabo. - Acto de la bendición del árbol por el Rdo. Dr. Garriga, párroco de Belén

Con gran animación y un tiempo espléndido celebróse el día 13 de los corrientes en la cumbre del Tibidabo la fiesta del Arbol, organizada como de costumbre por la benemérita Asociación que tanto ha hecho y continúa haciendo para propagar el amor a las plantas y la afición al cultivo de las mismas.

Al acto concurrieron varios colegios de niños y niñas con sus respectivos maestros, formando un total de cuatrocientos escolares aproximadamente. Concurrieron también el general gobernador señor Sánchez Mesas, delegado del capitán general; el señor Argemí, en representación del presidente de la Diputación provincial; el alcalde Sr. marqués de Olérdola; el Sr. Vidal, representante del gobernador civil; el canónigo Dr. Moreno, delegado del obispo de la diócesis; el rector de la Universidad Dr. Carulla, el delegado de Hacienda Sr. Eulate, el Sr. Blasco, en representación del comandante de Marina; el fiscal de la Audiencia Sr. Díaz de la Lastra; el inspector provincial de primera enseñanza Sr. Fernández, el ingeniero agrónomo Sr. Agulló, la junta de la Asociación de los Amigos de la Fiesta del Arbol presidida por D. Enrique Miralbell, los socios fundadores de la misma D. Mariano y D. Rafael Puig y Valls, este último presidente de honor de la Asociación e iniciador de la celebración de esta fiesta en España, otras personalidades y numeroso público.

El sitio elegido para plantar el árbol fué un pequeño parterre situado entre la estación del funicular y el restaurán Coll, y el árbol escogido un cedro (*Apies excelsa*), regalado, como todos los años, por el conocido horticultor D. Miguel Cortés.

Previa la bendición del árbol por el Dr. Garriga, procedióse a la plantación del mismo, echando todas las autoridades sendas paletadas de tierra en el hoyo donde aquel fué colocado. En el entretanto, los niños y niñas, agrupados por colegios, plantaron también sus respectivos arbolitos en los hoyos abiertos en las calles trazadas en la pendiente de la montaña que mira a Vallvidrera.

Una vez plantados los árboles, reorganizóse la comitiva que se dirigió al amplio y hermoso salón de fiestas del Casino Tibidabo en donde debía efectuarse el reparto de premios correspondientes al concurso celebrado por la Asociación de Amigos de la Fiesta del Arbol el año último.

Ocuparon la presidencia las autoridades y un sitio de preferencia D. Rafael Puig y Valls, y abierto el acto, el secretario de la Asociación leyó la memoria reglamentaria, y el Sr. Mas Yebra, vicepresidente de aquella dió lectura a unas cuartillas ensalzando la finalidad cultural de la fiesta que se celebraba.

El Rector de la Universidad, D. Carulla, el diputado provincial Sr. Argemí, y el alcalde marqués de

Olérdola pronunciaron elocuentes discursos señalando la importancia de la fiesta, encomiando la labor realizada por la Asociación y dedicando encomiásticas frases a D. Rafael Puig y Valls, a quien presentaron como modelo de ciudadanos.

Seguidamente D. Mariano Puig y Valls leyó una inspirada poesía alusiva, titulada *El pájaro*, original de D. Manuel Peña Rubio, y, terminada la lectura de esta composición, el señor alcalde procedió al reparto de los premios, consistentes en libros y diplomas, entre los niños y niñas, habiendo resultado agraciados: Pedro Comas, Antonio Casanovas, Miguel Higuero, Eduardo Salvador, Juan Inglada, José Civit, Juan Teixidó, Juan Mateu, Trinidad Torras, Enriqueta Gómez, María Vila, Josefa Ramón, Concepción Ribot, Sofía Aladreu, Elisa Pérez, Enriqueta Anguera, Rosa Pons, Teresa Morla y Matilde Armengol.

A continuación el niño Juan Mateu dijo con mucha soltura un bello parlamento, y el Sr. Miralbell, presidente de la Asociación, puso término a la fiesta pronunciando un sentido discurso, dando las gracias a las autoridades y demás personas que habían honrado el acto con su asistencia.

Después se repartieron las meriendas a los niños y las autoridades e invitados fueron obsequiados con un *lunch*.

HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

EDICIÓN PROFUSAMENTE ILUSTRADA

CON RENOMBRADOS CUADROS EXISTENTES EN LOS MUSEOS DE EUROPA

OBRA ESCRITA POR EL CÉLEBRE ESTADISTA

M. ADOLFO THIERS

PRECEDIDA DE UN JUICIO CRÍTICO DE LA REVOLUCIÓN Y SUS HOMBRES

POR EMILIO CASTELAR

CUVOS ORIGINALES SON DE EXCLUSIVA PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL

Dos tomos lujosamente encuadrados, que se venden al precio de 44 pesetas ejemplar, a pagar a plazos.



Conde de Mirabeau

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN